

EX-LIBRIS



MARIO
BLASCO

ARTURO BALLESTER

MB-V

75

R. 10855

Vicente Blasco Ibáñez

**“La Novela y su
influencia social”**



CONFERENCIA

de D. Vicente Blasco Ibáñez, celebrada en el
Teatro de la Exposición
el 19 de Febrero de 1911 y organizada
por el Ateneo Científico-Literario
de Valencia

—=)(=—



VALENCIA
IMPRESA DE «EL PUEBLO»
Don Juan de Austria, 14

Vicente Blanco Ibañeta



La novela y su

influencia social

CONFERENCIA

de la novela blanca, celebrada en el
Teatro de la República
el 19 de febrero de 1911 y organizada
por el Ateneo Literario Vizcaino
de Vizcaya

VALLANTEL

Imprenta de la Editorial de Vizcaya

1911

SEÑORAS Y SEÑORES:

Cumpliendo un deber de cortesía y agradecimiento, creí que debía pagar de retorno estas manifestaciones de simpatía y de cariño que me tributáis; creí que debía pagarlas, que debía corresponder á ellas, como podemos pagar los artistas, como podemos satisfacerlas los escritores.

Yo, de tener tiempo y reposo, hubiese agradecido estas manifestaciones escribiendo algo; pero á falta de ese tiempo y de esa calma, he creído mejor apelar á uno de los medios de expresión artística de que me valía hace poco en mi viaje por América; y recordando que hace un año dí más de cien conferencias en ese viaje por América—República Argentina, Repúblicas del Uruguay, Paraguay y Chile—he creído oportuno hacer lo que no había hecho nunca en España: una conferencia literaria. Y al escoger tema para esta con-

ferencia, dudé entre hablaros del teatro, ó de la música, que es una de las aficiones predominantes en mí; pero, escogí la novela porque, al fin y al cabo, mi oficio es el de fabricante de novelas. Creí que, cuando se ha de dirigir uno á un público con los deseos de corresponder á su simpatía y á sus afectos, lo más natural es tratar de aquellas materias que mejor domina, por ser las de su profesión, lo que pudiéramos llamar su carrera literaria.

Además, señores, he pensado hablar de la novela porque ella es, de entre todos los géneros literarios, el más moderno, el que pudiéramos llamar más progresivo, el último que viene influyendo, con una gran influencia social, en la vida moderna.

En la historia de las letras de todos los pueblos, el último género que florece es la novela, como concreción, como cristalización de todos los otros géneros literarios.

Lo primero que aparece es la poesía lírica en sus variadas manifestaciones de poesía heroica, de poesía amorosa, de poesía bucólica. Después surge el teatro y lo último que viene á manifestarse en una forma gloriosa y concreta, como antes os decía, es el género novelesco, última palabra de la expresión literaria de un pueblo. Y esto se explica, porque la novela es como la síntesis, el conjunto

de todos los otros géneros literarios; porque la novela es á la vez drama, tragedia, idilio, poema heróico; es muchas veces sainete, porque por medio de escenas cómicas hace asomar la risa á los labios del lector.

No obstante, aunque la novela aparece como concreción del progreso literario de un pueblo, no significa esto que sea la última manifestación del pensamiento de ese mismo pueblo. Tal vez de todos los géneros literarios, el primero que apunta, el primero que se esboza en la historia de todos los pueblos, es la novela, siquiera aparezca en una forma primitiva, como un simple diseño de lo que sería siglos y siglos después. Apunta y se esboza, obedeciendo á una necesidad espiritual que sentimos todos los hombres, que vive en todos los pueblos.

Yo tengo, señores, para mí, que las primeras manifestaciones del género humano, cuando la pobre humanidad, en siglos remotísimos que pertenecen á la prehistoria, comenzaba á lanzar los primeros vagidos de su pensamiento, ese primer pensamiento fué un esbozo de novela.

Yo me imagino al hombre en aquellas noches de la prehistoria, apenas redimido de su animalidad ancestral; cuando empezó á vivir y á darse cuenta de lo que le rodeaba; cuan-

do aquellos seres primitivos, más semejantes á los que en la escala animal ocupan pedanos más abajo que nosotros; en aquellas noches prehistóricas en que los hombres habían realizado el descubrimiento del fuego, el más grande de los descubrimientos humanos, y al amparo de las hogueras, al amparo de las llamas podían descansar tranquilos, sin miedo á los monstruos y á las fieras prehistóricas, que merodeaban en las sombras esperando ocasión para hacer presa en el pobre hombre indefenso. En esas noches en que el hombre podía reposar al amparo del fuego y conversar tranquilamente, es indudable que esos seres prehistóricos se contarían sus aventuras de caza, sus hazañas de guerra, sus primeros amores, los primeros impulsos de su corazón. Y esos relatos eran solo vagidos, esbozos de novela que había de venir, rodando los siglos, á constituir uno de los primeros géneros literarios. (Ovación.)

La novela, señores, tiene su fundamento en una de las facultades más nobles del hombre; en una facultad que, pudiéramos decirlo, es propiedad absolutamente nuestra, pues no goza de ella ningún otro ser de la creación.

El hombre es dueño del mundo, gracias á esa chispa divina que lleva dentro de la cáp-

sula ósea que llamamos cráneo, gracias á la inteligencia, que le ha permitido apoderarse y explotar la creación; que ha hecho que se pongan á su servicio todos los demás seres; que ha hecho que contribuyan á su mantenimiento todas las substancias vegetales y minerales de la tierra. Pero, con ser grande el hombre por la inteligencia, no es ésta algo peculiar y exclusivo de nosotros. Existen otros seres de la escala animal que no disponen de nuestra inteligencia, que no poseen esta facultad en toda su amplitud, pero, tienen un destello, una pequeña chispa de nuestra inteligencia y con frecuencia lo vemos en el animal doméstico, en las fases de su vida, que en el gesto, en el brillo de sus ojos, en la acción, que parece impulsada por una voluntad.

Se ha dicho también que lo que nos diferencia de los demás seres, es la sonrisa, gesto divino cuya propiedad exclusiva se atribuye al hombre. Las investigaciones de la ciencia vienen á demostrar que hay otros animales que sonríen. No tiene su sonrisa la expresión divina de la nuestra, pero sonríen. Resulta, pues, que la sonrisa no es gesto peculiar de los humanos.

¿Qué es, en fin, lo que nos distingue absolutamente de los demás seres animados?

¿Qué facultad es la que constituye el único privilegio del hombre? La imaginación. No hay ningún otro ser que pueble el vacío con fantasmas que son producto de nuestra fantasía; no hay ninguno que pueda soñar como soñamos nosotros; no hay ningún ser que pueda crear de la nada, como creamos nosotros.

La imaginación es una facultad que necesita alimento; un pueblo, un individuo que no ejercite su inteligencia, cae en la barbarie; un pueblo, un individuo que no ejercite su imaginación, cae en el aburrimiento.

Sí, la imaginación, como cualquiera otra de las facultades de nuestro organismo, exige su diario pasto.

Si os remontáis en el curso de vuestra vida hasta los primeros años en que os disteis cuenta de lo que os rodeaba; si evocáis los tiempos de vuestra niñez, seguramente recordaréis que habéis sentido todos absolutamente, sea cual fuere vuestra condición social, la misma necesidad; recordaréis las noches de invierno en el seno de vuestra familia, cuando os mecía el regazo de vuestras madres, cuando empezábais á abrir los ojos á la luz y á la razón; recordaréis que en aquellas noches, después de satisfechos vuestros estómagos, después de haber sentido la voluptuo-

alidad de la alimentación, todos habéis pedido lo mismo á vuestras madres, á vuestras nodrizas ó á la buena mujer de familia que os cuidaba; todos le habéis suplicado: «Cuéntame algún cuento, un cuento que me distraiga, un cuento con el que discurra felizmente la velada... (Gran ovación.)

Y después, cuando somos más viejos, cuando llegamos á la madurez de nuestra existencia, esternos niños que somos, no le pedimos á nuestras madres que nos cuenten un cuento, porque nuestra madre, las más de las veces ha muerto ya, y aunque viviera, su cuento nos resultaría sobradamente inocente, no nos inspiraría interés alguno. Pero cuando nos sentimos fatigados de la vida, vamos á la biblioteca, requerimos un libro, lo abrimos y le decimos al novelista: «Cuéntame un cuento que me entretenga, que me haga olvidar las impurezas de la vida, que durante unas cuantas horas me haga existir en un mundo ideal y fantástico.» (Atronadora ovación.)

Y como la imaginación es la facultad principal para el género novelesco, de aquí que en los pueblos orientales, los que constituyeron núcleos de civilización en Asia en remotos siglos; los pueblos de Africa civilizados, aquellos en los cuales la facultad imaginativa llegaba á un grado altísimo de desarrollo, en ex-

tos pueblos ha florecido la novela, mientras no florecieron otros géneros literarios.

Por ejemplo, en la India, en la antigua India, en Egipto, en Babilonia, en Asiria, desconocieron el teatro y dejaron muy contados libros de poesía heroica. Sin embargo, el género novelesco, en su forma de leyenda y hasta de relato religioso, adquirió un gran desarrollo. El sabio Maspero, en sus notables investigaciones en Egipto, descubrió, al descifrar aquellos escritos jeroglíficos, que la mayor parte de ellos, que eran aceptados como oraciones, son cuentos, son leyendas, son pequeñas novelas de aquel pueblo. ¿Y qué más? En los pueblos asiáticos, en sus libros religiosos, en sus teogonías y mitologías, no se encontró más que relatos novelescos, luchas fantásticas de dioses y diosas, encarnaciones del bien y del mal, de la virtud y del vicio.

Hasta en un pueblo asiático que ha influido poderosamente en nuestra vida, en un pueblo que al crear el principio del monoteísmo ha venido pesando durante siglos y siglos en la vida moderna, aparece la novela como un medio de difusión, de propaganda de los principios religiosos. No tenéis más que mirar los libros santos del pueblo judío, que han venido á convertirse después en textos san-

tos de la religión cristiana, extendida en gran número de las naciones actuales. Allí veréis que se utilizó el procedimiento novelesco para infundir en los pueblos principios de moral, que se usó el procedimiento novelesco para inculcar verdades en cerebros imaginativos, verdades que servidas en forma científica y abstrusa no habrían fructificado, pero diluías en la novela dejaban un sedimento en el cerebro de aquellas gentes.

Jesús, dulce poeta de la piedad, en sus predicaciones, se valía de procedimientos novelescos. ¿Qué otra cosa son, sino pequeñas novelas, ingenuas y tiernas, las que aparecen en el Evangelio con el nombre de parábolas? La de «El hijo pródigo», la de «El rico avarento» y tantas y tantas otras ¿qué son, sino pequeñas novelas por medio de las cuales se hacía propaganda y se difundían los principios de moral, de piedad, de respeto al semejante? Los pueblos de Oriente, pues, al ser eminentemente imaginativos, dieron vida á los géneros novelescos.

Viene después, para la novela, un largo eclipse. Viene un gran período de civilización, de civilización ária, civilización inmensa, á la cual debemos la mayor parte de la base de nuestros conocimientos. Y, sin embargo, en ese período grandioso para el pensamiento

filosófico, grandioso para las artes plásticas, grandioso para la literatura, apenas se conoce la novela.

Grecia, maestra de la Humanidad, tuvo grandes autores dramáticos, grandes trágicos como Esquilo, críticos como Sófoeles y Aristófanes, poetas como Píndaro y Anacreonte, filósofos como Aristóteles, Platón, Sófoeles y tantos otros; y no obstante, no tuvo novelistas. En ese periodo en que surge el impulso del pensamiento, no asoman sino muy ligeras y contadas manifestaciones del arte novelesco.

En toda la literatura griega sólo se encuentran las fábulas milesias, relatos que eran expresión de las costumbres de la época y aparte su escaso valor literario, eran licenciosos, como reflejo de aquellas malas costumbres.

En la literatura romana, que tiene autores cómicos; inmensos poetas como Virgilio, Horacio y Ovidio, grandes filósofos y pensadores, no aparecen más que dos novelas: «El Satiricón», de Petronio y «El asno de oro», de Apuleyo.

Se explica esta falta de género novelesco, por la especial organización de la sociedad griega y de la sociedad latina.

La novela no es más que la epopeya de los

humildes. Los grandes poemas épicos cantan las luchas de los héroes, las luchas de los dioses, las guerras de los pueblos; la novela canta nuestros conflictos del hogar, nuestras preocupaciones de familia, muchas veces nuestros trances económicos, todo lo que es episodio íntimo de la existencia diaria.

No podía haber novelas en Grecia y en Roma, porque aquella sociedad no era como la nuestra. Aquella sociedad estaba constituida de modo muy diverso; no existía en ella el hogar, el hogar cálido é íntimo como es el nuestro, ni la familia organizada como la nuestra, ni la mujer con la dignidad de que goza la mujer actual, la mujer moderna. Y donde la mujer no goza de dignidad, donde no existe la familia, donde no existen el amor y el calor del hogar, aun al propio Cervantes le sería imposible escribir novelas, porque falta la primera materia para los relatos novelescos. (Gran ovación.)

En aquella sociedad antigua, la vida de los ciudadanos discurría en el Agora, en el Foro; aquella democracia turbulenta necesitaba estar, digámoslo así, en sesión permanente en la plaza pública, interviniendo en todos los negocios del Estado, nombrando y suspendiendo á los magistrados, deliberando acerca de los conflictos entre otros pueblos, inter-

vinieron á todas horas y todos los minutos en las acciones públicas del Estado.

El ciudadano, abrumado por estos quehaceres, pasaba por su hogar como un viajero; no lo visitaba más que para llenar las necesidades perentorias de la vida. Y la mujer, la pobre mujer, era simplemente una procreadora de hijos y no ejercía más que las bajas funciones domésticas; su voz no era oída sino en muy contadas ocasiones. Esta falta de calor íntimo del hogar, esta falta de vida de familia, era la que hacía imposible la existencia de la novela y, cuando más, permitía algún relato licencioso como los que encontramos en «El Satiricón».

Pero viene, señoras, un cambio completo y radical en la sociedad con la gran invasión que sufre el mundo arío: lo que se llama la invasión de los bárbaros, que vinieron con su rudeza primitiva á inocular nueva sangre, nuevas energías, nuevos entusiasmos en el cuerpo podrido del mundo decadente de Roma. Se rompe aquella organización monstruosa que pesaba sobre la Humanidad, se constituyen las pequeñas nacionalidades, la vida se hace más íntima y empieza á sentir el hombre el calor del hogar. La familia, reformada por el Cristianismo, se hace más cariñosa, vive unida con lazos más estrechos. Y al inten-

sificarse la vida del hogar é iniciarse la dignificación de la mujer, es cuando empieza á dar señales de vida el relato novelesco.

En los primeros siglos de la Edad Media, otra gran invasión viene á influir en la historia de la novela.

Existía, señores, un pueblo de origen semita, que al ser oriental, al venir de aquellos países en donde la raza tiene á la imaginación como la primera de sus facultades, había de influir poderosamente en la historia literaria.

Este pueblo era el pueblo árabe. Cada pueblo tiene un libro que es la cristalización de su carácter. El pueblo árabe tiene como espejo de su alma, un libro que todos conocéis, «Las mil y una noches», el relato más imaginativo que se conoce, la novela más estupendamente fantástica de la literatura universal.

La lucha de este pueblo imaginativo con los pueblos europeos produjo las primeras manifestaciones de la novela moderna.

Hay en Europa un pueblo que parece creado por el destino histórico para servir de camino á todas las invasiones, para servir de puente de paso á todas las razas, un pueblo que es á modo de una caldera hirviente en la que se han fundido todas las san-

gres, todos los pensamientos, todos los orígenes étnicos. Ese pueblo por donde han pasado todos los pensamientos, todas las sangres y todas las razas, ese pueblo es el nuestro, es la península ibérica, es España. (Grandes aplausos.)

Este pueblo ha sido lugar de paso de griegos y fenicios; lo fué de cartagineses y romanos y de los bárbaros; fué después el camino por donde penetró en Europa la invasión árabe que vino á luchar en nuestros campos con el espíritu cristiano y caballeresco de los pobladores de España.

Este pueblo traía con él, como os decía, «Las mil y una noches». Y producto del choque de «Las mil y una noches» con los romances caballerescos, con el Romance del Cid, con todas aquellas leyendas que son una exposición del valor, de la hidalguía y del empuje caballeresco del pueblo que entonces se llamaba cristiano, producto de este choque, fueron las primeras manifestaciones de la novela moderna, lo que conocemos en la historia con el nombre de libros de caballería.

Los más de vosotros no los habréis leído, pero os habréis reído de ellos, porque de ellos os habla el «Quijote». Los libros de caballería, leídos por un hombre moderno, resultan disparatadamente heroicos.

En ellos vemos que cualquier caballero andante, por la fuerza de su brazo, dispersa á un inmenso ejército ó vence á dragones espantables y libra á las doncellas que vivían cautivas bajo el poder de estos monstruos. Ahora, cuando al fuego de la luz eléctrica, con el teléfono al alcance de nuestras manos, gozando todas las ventajas de la vida moderna, leemos estos libros, nos burlamos de ellos como si fuesen cuentos de niños ó delirios de una imaginación exaltada, y nos reímos también de aquella humanidad que encontraba su pasto intelectual, su goce más íntimo en la lectura de estos disparates novelescos. Y, sin embargo, en la historia nada hay que no tenga su razón de existencia. Lo que frecuentemente ocurre es que juzgamos lo que ha existido con nuestro criterio de hombres de esta época; y para ver los fines de las cosas del pasado hay que juzgarlas con el criterio que á la sazón dominaba, conocer las causas que las producían y necesidades que las reclamaban.

Los libros de caballería serán un disparate para nuestra vida moderna, pero entonces fueron á modo de códigos de alta moral, de tratados de suprema energía. Los hombres que leyeron aquellos libros fueron profesionales del valor, actores de las mayores haza-

ñas conocidas. Aquellos libros tuvieron una influencia social en la historia, como no la han tenido, tal vez, muchos de los libros de nuestra época.

Ved quiénes leían aquellos libros medievales. No había en todos los pueblos de España más que tres caminos para conquistar los medios de vida: uno, ser menestral, trabajador del campo, lo que equivalía á hacer voto de eterna esclavitud, á someterse á un triste vilipendio. Otros volvían los ojos hacia la religión y se refugiaban en los monasterios, una vida que abrazaban muchos intelectuales, sin tener gran fé en las doctrinas y creencias que predicaban, y así se explica cómo de los claustros salieron tantos y tantos herejes. Y quedaba el último recurso, el de convertirse en profesionales de la energía, hombres de guerra, caballeros de la espada, que satisfacían sus belicosos deseos sin más razón que la de la fuerza. Estos hombres, que pudiéramos denominarlos «hombres de presa», eran los que habitualmente y con más ahínco leían libros de caballería y encontraban su alimento espiritual en aquellos relatos de estupendas hazañas. Quienes no los leían—porque los más eran analfabetos—los escuchaban con veneración suprema. Todos llevaban espada al cinto, y, quién más, quién menos,

ante la lectura de aquellos lances de los caballeros de la Ardiente Espada, ó de cualquier otro título análogo, que con sólo el esfuerzo de su poderoso brazo derribaban cien gigantes ó asaltaban misteriosos castillos en donde se refugiaban seres infernales y sabios encantados ó lloraban su cautiverio princesas de muy rara hermosura, todos prestaban fé á tan maravillosas luchas y se creían con fuerzas para emularlas. Ante aquellos relatos, fruncían el ceño nuestros hombres y poseídos de sin igual valor exclamaban: «Que Dios me dé ocasión y realizaré hazañas todavía mayores que las de estos andantes caballeros.» (Aplausos y risas).

Es realmente extraño que muchos de nuestros historiadores no hayan advertido la gran influencia que los libros de caballería han ejercido en los destinos de nuestra raza. Ellos fueron como una inyección de energía que por medio de la literatura recibió nuestro pueblo.

Yo bien sé, como vosotros, cuáles fueron los agentes históricos que influyeron en aquel florecimiento heroico durante el último siglo de la Edad Media y en el que nació con el descubrimiento del Nuevo Mundo y entre las grandes luchas que conmovían á Europa; bien sé que los álete aliger de esforzado y constan-

te batallar con los árabes convirtieron á la Península en una escuela militar que fortaleció nuestra raza é hizo de cada español un superhombre; no desconozco las otras causas étnicas, históricas, tradicionales que en parte determinaron el heroísmo de nuestros antecesores; pero, creedme, la causa principal reside en una sugestión imaginativa, en la gran influencia que en la vida española conquistaron los libros de caballería. (Aplausos.) En los campamentos de aquellos guerreros cristianos que pelearon en Andalucía con los últimos vestigios del poder musulmán; los que asediaron á Granada, los que recorrieron Italia y Flandes y aun los que realizaron la inmensa epopeya de Américs, los libros de caballería pasaban de mano en mano y eran devorados por aquellos héroes. Lo eran por la influencia social de la novela que poblaba su imaginación de actos heroicos.

Esta influencia se observa también hasta en nuestros místicos, en la mística española, que es una de las manifestaciones de nuestra grandeza intelectual pretérita—no la de ahora, porque los místicos están fuera del general ambiente. En aquellos tiempos—¿por qué no decirlo?—la mística fué una de nuestras mayores glorias literarias, y prueba de ello es que los grandes críticos franceses, ingle-

ses y alemanes dedicaron obras voluminosas al estudio de los místicos españoles, cuyo espíritu lo formaron, en gran parte, los libros de caballería.

Permitidme una pequeña digresión acerca de este punto, porque bueno es que, quienes estamos tildados de sectarios é irrespetuosos para con el pasado, hablemos justiciaramente, en demostración de nuestra imparcialidad, de aquellos que, abrigando ideas contrarias á las nuestras, representaron en épocas remotas un verdadero valor intelectual. (Murmillos de aprobación.)

La mística española, señores, es algo característico, algo de singular relieve en la historia del cristianismo y en los anales del absolutismo.

Los místicos de otros países eran como los místicos de Alejandría, de la escuela de los estoicos. Miraban al infinito, contemplaban el cielo y en fuerza de contemplarlo se abstraían de las cosas de la tierra y el cielo los iba elevando, elevando hasta que su espíritu volaba á otras regiones olvidado de la vida y del mundo. El místico español, no; el místico español era una voluntad acerada, firme; miraba al cielo, pero éste no le atraía; era él, el místico, quien tiraba del cielo y lo hacía bajar hacia sí. (Estruendosos aplausos.) Cuando

se sintió fuerte, heróico, para la defensa de sus ideas, no creyó, no, en su propia voluntad, sino que exclamaba con santo orgullo: «Es una chispa divina que ha descendido hasta mí y la llevo como una manifestación de mi voluntad y de mi energía.» (Aplausos.)

Aquella mística era mística de combate, mística de espada, una mística producto de siete siglos de guerra y no concebía la difusión de las ideas sino por medio de los actos. Y en esa mística influyó poderosamente la lectura de libros de caballería.

Hay expuestas en el Vaticano las imágenes de dos santos que, aparte la santidad, merecen el estudio del literato. Son un santo y una santa. La santa—y os parecerá un poco extraño que os lo diga sin la explicación que vendrá después—tiene en mí á uno de sus más fervientes admiradores, porque era una gran artista y una notabilísima escritora, gloria de nuestras letras: es Teresa de Jesús. Del santo hablaremos después.

Los dos eran eminentemente místicos. Santa Teresa declara que de joven eran los de caballería sus libros predilectos y hasta confiesa que cuando contaba catorce años intentó escribir una obra de aquel carácter. En sus libros místicos, cuando habla de un santo, le llama el Caballero de la Ardiente Espada;

á otro le denomina el Caballero de la Estrella Mística y de todos habla como si fueran protagonistas de libros de caballería.

El otro santo es Iñigo de Loyola. Durante su vida de soldado fué apasionado lector de libros de caballería y cuando abandonó la vida militar para convertirse en religioso, él mismo se armó caballero—caballero de la Virgen—y á la orden por él fundada y de todos vosotros conocida, orden que todavía está pesando, aunque no en la medida que en otros tiempos, en los destinos de la humanidad, no se le ocurrió llamarla cofradía, hermandad, asociación, etc., sino que le dió el nombre de Compañía, atendiendo á la organización militar de la época. De haber existido entonces los regimientos, así se hubiera denominado la orden jesuítica. (Risas y aplausos.) El mismo Iñigo, en vez de arrogarse el título de hermano mayor, prior ó cualquiera otro en armonía con los de aquellos tiempos, se dió el de general de la orden.

Todo ello es prueba evidente de la influencia social que ejercieron en nuestra raza los libros de caballería. Ellos contribuyeron á formar el carácter batallador, ansioso de heroicas hazañas, que distinguió á nuestra raza aun entre los elementos religiosos.

¡El heroísmo español! ¿Dónde encontrar

pueblo que lo iguale? Sólo su inmensa energía, los esfuerzos grandiosos de aquellos navegantes, de aquellos aventureros, de aquellos caballeros de la fuerza avasalladora pudieron realizar la más grande epopeya de la historia de la humanidad, el descubrimiento de las Indias Occidentales, el descubrimiento de América, epopeya ante la cual palidecen la de los argonautas, las correrías de Ulises, todos los grandes movimientos humanos encaminados á descubrir nuevos horizontes y nuevos pueblos.

He recorrido los países de América sentando en un vagón del ferrocarril, viendo desfilar estaciones y pueblos y campos cultivados, y aun disfrutando de todas estas ventajas de la civilización, he quedado atónito, he sentido una emoción intensa al pensar que hace cuatro siglos, hombres con el arcabuz al hombro, arrastrando la pesada coraza, ignorantes en grado sumo, marchando á la ventura, pudieran haber escalado las altas cumbres andinas; atravesado por aquellas cimas en donde apenas encontrarían aire para respirar; descender á aquellos valles profundos con temperatura de horno y marchar sin descanso, sin otro guía que la ilusión, dejando tras de sí blanco reguero de huesos, obligados á luchar con la envenenada flecha del indio,

entre las emboscadas de la Naturaleza, bajo las inclemencias del tiempo y sometidos al hambre, el peor de sus enemigos... (Ovación.)

Aquellos peregrinos del ideal, aquellos paladines de la fantasía, aquellos viajeros intrépidos é infatigables llevaban en su imaginación grabadas las lecturas de los infolios que relataban las legendarias aventuras de los andantes caballeros, y si salía á su paso una vasta y profunda caverna, la cruzaban durante semanas creyendo que al final encontrarían algún dorado castillo en donde una princesa encantada esperaba el brazo poderoso que la libertase; y así atravesaban inmensas llanuras, espesos bosques, altas montañas, impulsados por la quimera que, revoloteando con sus alas de oro, con sus engañosas promesas les infundía energías, les obligaba á marchar, á marchar eternamente... (Grandes aplausos.) Y cuando se sentían débiles, cuando flaqueaban sus fuerzas acosadas por la fatiga y las privaciones, apelaban al supremo recurso, el de todos los españoles, el eterno recurso de quienes han establecido un pacto con el hambre y la soportan con estóica impasibilidad, con valor heroico: cuando desfallecían sus fuerzas tiraban del cinturón, lo estrechaban unos cuantos puntos en torno

de su talle de soldado y seguían adelante siempre adelante, llevando la imaginación por guía y la ignorancia por consejera, que y con tales socios es como pudieron realizar las empresas más locas que la humanidad conoce. (Oración.)

Pero, España, señores, no podía permanecer eternamente en tal estado de locura. El hombre necesita alternativos cambios del ánimo y amoldarse á las circunstancias, que no siempre son iguales. Vive, además, sujeto á las variaciones de un complejo espíritu psicológico. No hay hombre que demuestre su condición de sabio durante las veinticuatro horas del día, como no hay quien viva en absoluta ignorancia; ni por tiempo indeterminado puede ser valeroso, sin que tenga un punto de desfallecimiento, ni cobarde ante las reiteradas injurias.

España sufría la enfermedad del heroísmo y en fuerza de ser loca y aventurera se estaba desangrando y á pique de anularse como pueblo. España sufría una indigestión de heroísmo, una hipertrofia de espíritu aventurero, un exceso de imaginación y para su salvación era necesario un poco de buen sentido, un tanto de razón práctica y de sereno juicio.

Por el sistema homeopático, con el *similia*

similibus, nuestra nación, que marchaba hacia el abismo por la influencia social de un determinado género novelesco, encontró en el mismo género el remedio adecuado. Y un día llegó en que cuando más poseídos del espíritu aventurero se hallaban nuestros ascendientes, aquel inmenso edificio formado por los libros de caballería se derrumbó ruidosamente en el espacio de unas cuantas horas. Bastaron para ello un libro y una carcajada. La carcajada más divina, la carcajada más sublime, la carcajada más humana, á la vez, que ha resonado en el escenario de la humanidad. El que lanzó esta carcajada era un pobre soldado cuya vida fué la de un caballero andante y cuya imaginación era la de un autor de libros de caballería. Ese soldado, desertando de los ideales de su juventud, hizo la caricatura de sus propias aficciones y acabó para siempre con los disparatados libros de caballería. Todos habréis adivinado á quién me refiero: el libro es una obra inmortal, la más transcendental de las novelas, la mayor gloria de nuestra literatura, «Don Quijote de la Mancha»; y el que lanzó la carcajada era el soldado de Lepanto, D. Miguel de Cervantes Saavedra. (Estruendosos y prolongados aplausos.)

El hablar de Cervantes y del «Quijote» pro-

duce siempre en todo artista escalofríos de emoción. Son estos dos nombres como una visión de inmensa grandeza. Vistos con la fantasía nos producen algo así como lo que la contemplación del espectáculo imponente y majestuoso de una tempestad vista desde la orilla del Océano; se nos aparecen como las cumbres de los Andes que suben y suben, y cuando creemos que se pierden en el infinito, se envuelven en un turbante de nubes y atravesándolas, suben y suben como si con sus cimeros picos quisieran arañar el azul cristal del cielo... (Gran ovación.)

Cervantes es el más grande de los novelistas. Otros podrán llegar cerca de él en lo que se refiere á artificio novelesco ó á estilo literario; nadie le ha igualado ni le igualará—porque no encontrará para ello sitio, sólo reservado á Cervantes—como pintor de la humanidad.

Hay, en arte, unas más, otras menos, obras medianas, obras buenas y, por encima de ellas, las que sólo son accesibles al genio, las que no podemos calificar de extraordinarias, sino designarlas únicamente por antonomasia, diciendo: «la obra», la obra singular y perfecta.

El «Quijote», por ejemplo, no es obra literaria, es un pedazo de humanidad, la

humanidad entera reflejada en letra de molde, encerrada en las páginas de un libro inmortal. «Las Meninas», de Velázquez, no es un cuadro, es un pedazo de humanidad hecho color, hecho vida.

Cuentan que Teófilo Gautier, cuando visitó por primera vez el Museo del Prado, al ponerse frente al cuadro «Las Meninas», exclamó: «Y bien ¿dónde está el cuadro? Esto, que puede parecer una exageración del gran escritor francés, en cierto modo es verdad; porque el de «Las Meninas» no parece un cuadro; el marco lo es, aparentemente, de una ventana; por encima de él podemos pasar la pierna y seguir á través de aquel cielo, entre aquellos seres, que lo parecen de carne, aspirando aquel aire perpetuado por los colores del gran pintor.

La novena sinfonía de Beethoven no es un conjunto de notas musicales encaminadas á producir una emoción estética; es el alma de la humanidad llevada al pentagrama, el espíritu humano hecho melodía. ¡Aquel canto á la alegría, á la santa alegría de vivir, es una exhalación del alma humana que se siente dichosa de habitar el mundo! (Aplausos.)

¡El «Quijote»! El «Quijote» contiene la síntesis del espíritu humano. Por eso, entre todas las obras aceptadas como inmortales, go-

za de una inmortalidad cierta, indiscutible. Yo os explicaré esto.

Todos vosotros conocéis los nombres de genios generalmente sancionados; pero la mayoría de vosotros es seguro que, aun venerando las obras de los inmortales, jamás las habéis leído ni pensáis hacerlo.

Todos sabemos, por ejemplo, que es Homero el padre de la poesía y así lo admitimos sin discusión. En cambio, son contados los que han leído la «Iliada» y la «Odisea»; y algunos—¿por qué callarlo?—si intentan leer tan admirables obras, las abandonan llegado el tercer canto. Lo propio ocurre respecto á otras obras reputadas como geniales. Os aburre su lectura, os parecen áridas y las admiráis sólo bajo la fé de los críticos.

Algunos las leemos, más por exigencias de una curiosidad literaria que por buscar en ellas un placer estético. Sus enseñanzas y sus bellezas son desconocidas por la mayoría de los millones de seres que pueblan el mundo.

Por eso, cuando vemos á un hombre irritado, á un joven poseído de acometividad, no se nos ocurre compararlo con el divino Aquiles; nadie al ver á un joven pálido y tristón, melancólico, que dice palabras de amargo escepticismo, recuerda al príncipe Hamlet. En

cambio, en todo el mundo, allí donde hayan llegado unas hojas de papel impreso, donde existan unos cuantos seres que sepan leer, sean blancos, amarillentos ó cobrizos, y hasta negros, al ver á un semejante lleno de abnegación y de altruismo, capaz de arrostrar toda suerte de peligros y exponer su vida por cosas que maldito lo que le importan, allí donde se ve á un hombre capaz de todos los heroísmos, en todos los países surge la misma comparación: «Ese hombre—dicen—es como un hidalgo español, es un «D. Quijote de la Mancha». (Aplausos.)

Del mismo modo, en todos los países del globo, siempre que se ve á una criatura socarrona, maliciosa y egoísta, una criatura de estas que tienen por norma de conducta el inmoral refrán de que «la caridad bien entendida empieza por uno mismo», siempre que se vé á estos de vista corta, pero certera, tipos que abundan, no únicamente en España, sino en todas las naciones, en las últimas capas de la intriga política, la comparación es inmediata; todos dicen: «Es Sancho Panza, el famoso escudero de Don Quijote. (Aplausos.)

Esto se comprende, porque Cervantes acertó á resumir en dos personas á toda la humanidad. Y el gran acierto del artista es

cuando consigue hacer en muy contados tipos la concreción de los distintos caracteres psicológicos que palpitan en la humanidad.

Bien es verdad que muchas de las causas que nos separan no son sino artificiosas barreras levantadas por el egoísmo y la arteria de los grandes. El amor á la patria divide á los hombres, los agrupa en distintas fracciones y levanta entre ellos un fetiche, enarbolando una bandera de colores que nos obliga á degollarnos mutuamente, en los campos de batalla, sin conocernos, sin encontrar, á poco que ahondemos en las causas, las razones que producen esos odios sangrientos que llevan el llanto, el luto y la orfandad á miles y miles de hogares inocentes. (Aplausos.) De igual manera existen los odios de raza, que nos dividen en blancos, amarillos y negros, cuando el alma humana, nuestra personalidad psicológica nada tiene que ver, las más de las veces, con los colores de nuestra piel. Y surgen las creencias religiosas y pensando en lo que puede haber más allá de la tumba, dividen á los hombres en distintas comuniones y hacen que, no ya hoy, sino en otros siglos, nos hayamos perseguido mutuamente, nos hayamos acuchillado, por discernir lo que pueda esperarnos después de la muerte, cuando tal vez unos y otros, todos, sabemos lo mismo: y

es que no sabemos nada absolutamente. (Atro-
nadores aplausos.)

La natural, la verdadera división humana es la que realizó el gran artista español en aquel libro inmortal: á un lado los Quijotes— muy contados, por cierto—al otro lado el inmenso rebaño de Sanchos que constituyen el gran pero de la humanidad.

El «Quijote», es para mí á modo de un libro de oro. Yo lo tengo en la cabecera de mi cama, y lo releo, porque en él encuentro uno de los placeres más íntimos que me puede proporcionar la literatura.

Yo, señores, cuando pienso en «Don Quijote» no me lo represento tal como aparece en la novela, montado sobre la espina nudosa y aguda de su fiel y resignado Rocinante; me lo imagino montado sobre el lomo de un inmenso libro, de la Historia Universal: una de las piernas del loco aventurero cae en el pasado, en la Edad Media, y otra, en la Moderna; aquélla da el último adiós á un mundo romántico que se esfuma en los anales del pasado; la otra saluda con tristeza, melancólicamente, á un mundo que nace, saturado de positivismo y, en cierto modo, falto de ideales, que va hacia el caballero andante, que lo aplasta, que lo mata con el peso... (Una ful-

dosa ovación impide oír las últimas palabras del orador.)

Cervantes, grande por todos conceptos, fué un adivino, un espíritu profético.

Hay en el «Quijote» dos escenas recogidas, graciosísimas, y, sin embargo, yo no puedo leerlas sin que me produzcan una intensa emoción. Todos recordáis que marchando D. Quijote por los campos de la Mancha ve unos espantosos gigantes que, desde lejos, en el límite del horizonte, le retan á entablar descomunal batalla y hacen gestos y mueven sin cesar sus larguísimos brazos partiendo el viento. Y Don Quijote, á pesar de lo penoso del camino y de la gran fuerza de aquellos gigantes, no tiembla—porque Don Quijote jamás conoció el miedo, como jamás lo conoció nuestra raza—y al ver que le llaman á singular combate, mete espuelas á su Rocinante, siempre tan sobrado de entusiasmos como falto de plenso; Rocinante empieza á trotar y Don Quijote, requiriendo la lanza, marcha contra los espantables gigantes, y cuando está cerca de ellos, suena la carcajada de Don Miguel, la carcajada del novelista, al ver que aquellos pretendidos mónstruos no son sino unos molinos de viento.

Hay otra escena en que Don Quijote, marchando también por la inmensa llanura man-

chega, ve grandes nubes de polvo y, envueltos en ellas, nutridos ejércitos. Tal es la fuerza de su imaginación, que va describiendo los bravos paladines que figuran en aquella mesnada, advierte el brillo de sus yelmos, de sus cimbras, el relumbrar de sus armas y sin sentir pavor ante tan avasalladora falange de guerreros, mete espuelas á Rocinante, que acelera el trote, y cuando se acerca á las nubes de polvo, ve que los aguerridos y numerosos ejércitos no son sino mansos rebaños de ovejas...

Y la carcajada del novelista parece decir: «¡Oh! mi Don Quijote, mi buen Don Quijote, ¿á dónde vas si tus tiempos han pasado? Si ya murieron los gigantes, si se acabaron los ejércitos de paladines de la aventura; si empieza una nueva vida, vida de prosa, alejada del romanticismo que tu deseas, pero vida de existencia fácil, vida de adelantos; vida de prosa, pero de prosa útil para la vida; si los héroes del futuro ya no serán los caballeros andantes, no serán los gigantes, ni los moradores de espantables fortalezas; si, los héroes del porvenir van á ser los molinos de prosaica harina que facilitarán el pan de la existencia, y habrá muerto para siempre ese mundo fantástico, hermoso, heroico, romántico, que debe acabar ya porque es necesario un poco

de sentido práctico para que la vida de los humanos pueda discurrir con más libertad y mayores acomodos!» (Aplausos.)

Los grandes artistas gozan el privilegio de condensar en unos cuantos renglones todo lo más íntimo y lo más esencial, lo que sintetiza las palpitaciones de nuestra alma.

Tiene el libro que nos ocupa una página, la última, cuya lectura deja profunda huella en el ánimo. Me refiero á la muerte de Don Quijote. Nada conozco, en la historia del arte, que contenga más sentimiento que esas cuantas líneas. Para encontrar algo semejante habríamos de acudir al gran arte del sentimiento, á la música. Únicamente podría compararse á la muerte de Don Quijote, la de Sigfrido, el héroe condoroso, alma de niño, espíritu abierto á las más nobles é ingenuas aventuras.

Aparte esta, no conozco otra cosa semejante, sino una sonata, una gran sonata de Beethoven, una sonata que, quizá por ser la última de aquel coloso, no tiene título. Sólo al frente de la partitura se encontró una pregunta y una respuesta, escritas de puño y letra de aquel que es á manera de un semidiós. Decía Beethoven al frente de esta partitura, que contenía como el último lamento de su alma: «¿Es preciso?» Esto es lo único que ha-

bía escrito: «¿Es preciso?» Y debajo añadía: «¡Sí, es preciso, es preciso!» Este era el título de esta última obra musical.

En aquella pregunta quería decir Beethoven: «¿Es preciso morir? ¿Es preciso que yo, que llevo dentro de mi cráneo todo un mundo, un mundo de ideas, un mundo de sentimientos, un mundo de melodías, es preciso que yo muera?» Y luego de reflexionar, añadía con su tristeza de genio: «Sí, sí, es preciso morir, es preciso dejar el sitio libre á las generaciones que vendrán detrás de nosotros para continuar la obra del progreso, de la humanidad, como se fueron las generaciones anteriores para que nosotros pudiéramos cumplir con nuestro deber y aportar nuestro esfuerzo á la gran obra de la humanidad.» (Aplausos.)

De igual modo, Cervantes, al escribir su obra, se preguntaba lo que Beethoven: «¿Es preciso, es preciso matar á Don Quijote?» Y se contestaba: «¡Sí, es preciso, es preciso!»

«Don Quijote» es una obra que comienza con una carcajada y acaba con una lágrima. Es una obra que comenzó Cervantes con la risa en los labios, no viendo más que al Don Quijote que serviría para regocijar al público, y luego conforme fué desarrollando su carácter, fué enamorándose de él. Acabó el primer

tomo y no mató á Don Quijote, lo dejó vivir; después de ocho años vuelve otra vez al lado de su Quijote y escribe la segunda parte. Andando el tiempo Don Quijote ya no reía; Don Quijote pensaba, Don Quijote decía grandes verdades para la humanidad, y su padre espiritual, su autor, se sentía cada vez más enamorado de él, hasta que llegó un momento en que hubo de formularse la terrible pregunta: «¿Es preciso?» Y decidió matar á Don Quijote.

Don Quijote muere de manera melancólica y trágica, á pesar de morir tranquila y cristianamente en su cama, la del pobre caerón de la Mancha. Don Quijote está enfermo, Don Quijote está en la cama, Don Quijote va á morir. Y llega junto á él aquel cura del pueblo, el que representa el sentido burgués, terriblemente práctico, el que representa al señor zumbón, que piensa muy bajo, muy *terre á terre*; que representa lo que llamamos en la vida corriente el sentido común, que es la más de las veces el más homicida, el más cruel, el más asesino de todos los sentidos, porque es el sentido vulgar y vacío con que tropiezan en la vida todos los soñadores, todos los creadores, todos los que aportan una doctrina, todos los que traen un nuevo sentimiento á la vida de la humanidad.

(Aplausos.) Llega el cura zumbón y le dice: «¡Alégrese el Sr. Don Quijote que pronto saldrá otra vez vuesa merced en busca de aventuras!» Es decir, siguió fomentando sus aficiones de loco para burlarse después, para hacerle objeto de sus donaires y de su risa. Don Quijote entreabre sus ojos, le mira con mirada de cuerdo y le dice: «No; Don Quijote ha muerto: ya no queda más que Alonso Quijano, el buen hidalgo manchego, el que llamaban *el Bueno* y bueno quiere morir». Y Don Quijote muere inmediatamente, porque debe morir, porque para él ya no hay lugar en la vida, porque la vida se ha hecho para Don Quijote loco, para Don Quijote sublime, para Don Quijote poseído de todas las grandes virtudes y todos los grandes entusiasmos. Un Don Quijote cuerdo, con sentido común, con el sentido de lo vulgar, de lo mezquino, de lo egoísta, no es Don Quijote.

Don Quijote es el símbolo de nuestra raza, es el símbolo de nuestro pueblo, que está en cama como estaba Don Quijote, porque nuestro pueblo, por razones históricas, nació para ser sublime, pero para serlo necesita realizar locuras, y desde que la vida moderna le impuso una vida práctica y lo sometió á la disciplina de los demás pueblos, ya no tenía razón de vida y cayó postrado, como lo estaba

en su cama Don Quijote; y únicamente de tarde en tarde, al resurgir de su espíritu aventurero, ante la nostalgia de luchar por ideales fantásticos, sin adivinar ningún resultado positivo, es cuando España abandona su lecho, vuelve á montar sobre Rocinante y va á los campos de Africa... (Larga y estruendosa ovación.)

Y dejemos, señores, á Don Quijote y á Cervantes, porque tema es este que ocuparía todo el curso de la conferencia.

Como veis, el «Quijote» fué una novela de inmensa influencia social, fué la novela que inauguró la vida moderna, fué la obra literaria que anunció con dos siglos de anticipación, el espíritu que ha prevalecido en el siglo XIX.

Después del «Quijote» transcurre mucho tiempo, sin que sea cultivado el género novelesco, y únicamente en el siglo XVIII, en los albores de la llamada Revolución francesa, en los tiempos de la propaganda de los enciclopedistas, es cuando aparecen novelas de influencia social, novelas que ciertamente no tienen el valor literario y artístico del «Quijote», novelas que no fueron hechas por novelistas profesionales, sino más bien por filósofos, por pensadores, por educacionistas que

se valieron del procedimiento novelesco para esparcir sus ideas.

En este período de novelistas, que podemos llamar novelistas-flósofos, hay dos que producen obras de transcendencia social: Voltaire y Juan Jacobo Rousseau.

Voltaire produce «Cándido», la sátira más cruel que se ha escrito contra los optimistas, contra los que consideran que vivimos en el mejor de los mundos. Rousseau escribe varias novelas en las que marca nuevos rumbos á la educación y da entrada á lo que se llamó el sentimentalismo.

Rousseau, en la historia de la novela, ocupa un lugar más eminente que Voltaire, y marca un nuevo período para el género novelesco, porque introduce uno de los principales elementos, por no decir el más importante, de la novela moderna: la descripción del paisaje.

Antes de la segunda mitad del siglo XVIII, no ya en la novela, sino en el arte, no existía el paisaje. Los que leéis novelas modernas sabéis, sobre todo después del advenimiento de la Escuela naturalista, la gran importancia que tiene en la novela la pintura del medio ambiente, la pintura del paisaje; porque la pintura de lo que nos rodea influye deterministamente en todas las ocasiones en nuestro

pensamiento, en nuestros actos, en nuestros hábitos de vida.

Antes de la segunda mitad del siglo XVIII no existía el paisaje, ni en la literatura, ni, casi, casi, en la pintura. Fuera de los artistas holandeses del siglo XVII, los primeros que supieron encontrar el alma artística de la naturaleza el paisaje no tenía alma para el artista de aquella época.

Nosotros tenemos al más grande, al más excelso de los pintores naturalistas, á Velázquez; pues bien, este gran artista, para el cual el cuerpo humano no tenía secretos; que supo inmortalizar sobre el lienzo la vida de los seres animados, de modo logrado por muy pocos artistas, y por ninguno superado, este excelso, este gran pintor era, sin embargo, elego para el paisaje. Los más de los paisajes de sus obras no son sino simple fondo; recuerdos del Pardo y de algún otro lugar, pintados en el estudio, de memoria, servían únicamente para matar la crudeza del lienzo, para dar un fondo sobre el que se destacan las figuras de regla estirpe. Velázquez sabía interpretar las figuras como nadie. Era el pintor más naturalista que se conoce. Los ojos de sus personajes tienen luz, ven; por las epidermis de sus figuras parece que traspira la vida. Más aún: hay en sus cuadros muchas princesas, muchas

señoras linajudas cuyas mejillas aparecen coloreadas. Y es tal el arte de aquel pintor, tal la realidad de sus tonos, que á menudo podemos apreciar que aquellos colores son postizos, como los de las damas retratadas—que ya entonces usaban de aceites y pinturas, como dicen que se pintan ahora. (Risas.)

Y este pintor, que veía de tal manera la vida, no veía el paisaje, no le encontraba alma al paisaje, no le daba otra importancia que la de un simple fondo decorativo.

En la literatura tampoco existía el paisaje. Nuestra grande obra «Don Quijote», no tiene descripciones del paisaje. Por ejemplo, dice: «Y Don Quijote llega á un bosquecillo de fresnos...», y ya no describe más. Un novelista moderno describiría los árboles, su movimiento, el susurro del viento entre las ramas, los rayos del sol, que filtrándose por las hojas trazan en el suelo monedas de oro chispeantes entre andrajos de sombra... (Aplausos.)

En otra ocasión leemos: «Don Quijote llegó á una venta». Y comienza la narración de aquel famoso episodio. Un novelista moderno describiría la venta, mansión vetusta, con mugre en sus muebles, húmeda y sucia por todas partes, rotas las tejas de los viejos al-

ros, con grietas en las paredes... hasta nos daría la sensación del olor del establo.

El paisaje lo lleva por primera vez á la novela, mejor dicho, á la literatura, Juan Jacobo Rousseau. Y lo introduce inconscientemente, sin darse cuenta de que realiza tan importante innovación.

El nos cuenta en sus «Confesiones» cómo siendo niño, abandonado á su suerte, sin padres, caminando una tarde lentamente por un camino de la Saboya, lo veía todo obscuro, desfallecía á la vista de un lóbrego porvenir, desesperaba de la vida y sentía que un cruel pesimismo descendía sobre su alma. Entonces una alondra pasó cantando y revoloteaba de una á otra parte del camino. Rousseau describe la presencia de la alondra venturosa y la hermosura del paisaje y dice que en aquel punto vió de otro modo la vida y sintió que en su espíritu florecía la flor de la esperanza y de la fé en la existencia.

Aquella alondra, señores, no cantó, como dice el gran crítico Saint-Beuve, no cantó sólo para Juan Jacobo; no sólo pasó aleteando y cantando por el camino de la Saboya, sino por el vasto escenario de la literatura. No era aquél un canto de esperanza al infeliz vagabundo sino un himno á la aurora de la nueva novela, del arte romántico que ha convertido

el paisaje y la descripción en uno de los principales elementos del artista novelador. (Aplausos.)

Después de Rousseau, adquiere mayor intensidad el paisaje en la novela, gracias á un gran artista: Chateaubriand. El es el que con sus descripciones de la fantástica selva americana, empieza á marcar el verdadero rumbo de los novelistas modernos.

Pero tras de éste, que es como el heraldo de la novela moderna, viene la verdadera exposición de este género que ha inundado y ha dominado todo el siglo XIX, y hoy, en el siglo XX, sigue marchando en todos los pueblos á la cabeza de la literatura. Viene con el que lleva el título de maestro de la novela, una de las personalidades más pujantes que ha producido el arte, el gran novelista Honorato de Balzac.

Balzac es el artista más fecundo que se conoce, si atendemos al campo de la novela únicamente; porque nosotros tenemos en la historia de nuestra literatura, alguien que, en la dramática, le ha sobrepujado infinitamente. Nosotros tenemos á Lope de Vega, que en los 73 años de su vida, después de ser soldado, espadachín, enamorado, autor de raptos, de serenatas y de cuchilladas, de haber realizado campañas en Italia y en la mis-

ma nación española, después de haberse hecho cura é inquisidor, á pesar de todas estas ocupaciones, escribió 700 comedias de más de tres actos; unas 2.000 obras; algo así como 60.000 páginas impresas, que venían á sumar varios millones de versos. ¡Parece imposible que una inteligencia humana haya podido crear obra tan inmensa!

Después de Lope de Vega, Balzac es el escritor que más ha producido. En veinte años Balzac escribió unas 200 novelas que representan unas 30.000 páginas impresas.

Comprenderéis que cuando se trabaja tanto no se puede trabajar con gran esmero. De ahí que aunque en Balzac veamos al genio, porque lo era de la novela, hay que ir espurgando en el mar de papel escrito que dejó como obra de su vida.

Pero, á pesar de ese inmenso exceso de producción, en muchas de sus obras vemos la garra del genio, la garra del león. En todas ellas surge el destello de una gran potencia creadora y ha dejado 6 ó 7 obras que son verdaderamente obras maestras.

La historia de Balzac, la historia íntima va unida estrechamente á su obra literaria y así se explica el exceso de producción.

Balzac sufrió la peor de las esclavitudes de la vida, Reos de las cadenas que arrastran

los presidiarios; reíos de ese rosario de hierro que les acompañaba en el camino de su desventura... La más horrible de las cadenas para un artista, es haber pedido dinero prestado á un usurero y tenerlo que pagar con el esfuerzo de su pluma. Esto fué lo que le ocurrió á Balzac. En su juventud hizo algún empréstito y contrajo deudas que se iban acumulando con los intereses y con otras nuevas.

Y Balzac tuvo que escribir sin descanso toda su vida. La literatura fué para él á modo de una galera. Vivió en ella, amarrado al banco, escribiendo, siempre escribiendo, como los antiguos forzados marchaban remando, remando eternamente. Y cuando, por fin, llegaron para él la gloria y la riqueza, con ellas llegó la muerte, porque no se pueden hacer impunemente estos esfuerzos.

Balzac vivió gran parte de esos veinte años, tal como nos lo representa el gran artista Rodin en su estátua, muy disautida, pero también muy admirada de muchos amantes de las bellas artes. Vivió—ocultas las ropas de calle, para no caer en la tentación de salir y apartarse del trabajo—ataviado con algo así como un hábito de fraile; que así lo representa Rodin.

El mismo nos cuenta que abandonaba la cama á las doce de la noche y escribiendo,

escribiendo, llegaba de un tirón á las doce de la mañana. Almorzaba, corregía luego las pruebas, reformaba sus novelas y á las siete comía. Leía después un poco y se acostaba para levantarse de nuevo á las doce de la noche y continuar la misma tarea. Y así pasaba los días, los meses, años enteros. Casi todos sus manuscritos conservan círculos negros, huellas que dejaron las tazas de café, al que apelaba para excitar sus nervios fatigados por tan intenso trabajo.

Y en la soledad de la noche, cuando en su imaginación iba tomando cuerpo algún nuevo personaje, se asomaba á la ventana de su habitación, vecina de las nubes, y desde allí, contemplando á París, que ardía en luces á sus pies, exclamaba como aquel personaje de Zola:

—Tu serás mío; tu me pertenecerás algún día; yo te conquistaré con mi pluma. Y lo conquistó, pero después de muerto.

Balzac es el padre de la novela moderna y todos los que escribimos, todos absolutamente, hemos arrancado algo de aquella cantera informe; porque la obra de aquel genio es como la cantera de Paros, á la que acudían los escultores griegos para modelar los bustos de los dioses, figuras olímpicas, Venus de espléndida belleza, y no hubieran podido reali-



zar estos artísticos prodigios á no haber dispuesto de aquella mole de marmol esparcida por el mundo en obras inmortales. (Grandes aplausos.)

Balzac es el padre de la novela moderna porque llevó la descripción del medio ambiente á su mayor grado de brillantez. Así queda y se perpetúa como objeto de observación y de estudio para todos los novelistas aquel primer capítulo de «La investigación de lo absoluto», en el que Balzac describe una casa holandesa con la pintura más exacta, más fresca y más vibrante que se conoce en la historia de la literatura.

El es también el padre de la novela moderna, porque aporta un nuevo elemento, una nueva pasión á la vida de los personajes. Estos, que antes se movían á impulsos del amor, del odio, de la gloria ó del honor, con Balzac luchan por la codicia, que es la gran pasión de la vida moderna.

Balzac no sólo fué víctima de las deudas que desde su juventud lo abrumaban; lo fué también de sí mismo, de su imaginación, pues pasó toda su existencia fuera de la realidad, convertido en un personaje de novela.

La mayoría de los novelistas sufrimos los efectos del exceso de imaginación, que es nuestra arma de combate. Sin ella sería im-

posible nuestra labor. Es como una espada radiante y de peligroso filo que muchas veces nos hiere á los mismos que la manejamos. Sin embargo, gracias á ella podemos los novelistas vencer las dificultades que á menudo ofrece nuestra tarea. Os citaré algún ejemplo.

Figuraos que nos vemos obligados á describir el estado de ánimo de un personaje criminal después de haber perpetrado un delito; un homicidio, por ejemplo. El novelista ha de adivinar si el criminal, al día siguiente de realizado el hecho, al despertar del sopor que sigue á la acción delictiva, siente remordimiento por la acción verificada, ó, por el contrario, goza de una satisfacción maleana, como producto de un refinamiento de maldad.

La tarea del novelista es fácil cuando se reduce á describir cosas que se ven, que podemos observarlas todos directamente. No así cuando hemos de exteriorizar lo que existe en la conciencia de un criminal, los caracteres de una psicología compleja. ¿Cómo adivinarlo? ¿Hemos de cometer un crimen para estudiar en nosotros mismos los efectos que produce en nuestro ánimo? (Risas.)

Únicamente la imaginación, nuestro mejor instrumento, nos permite hacer lo que pu-

diéramos llamar «matemáticas psicológicas» y sentando una serie de premisas, de principios que tengan lógica relación con la variedad de hechos que las circunstancias nos ofrescen, deducimos las consecuencias que convienen al espíritu del personaje, á su manera de obrar y efectos que esta produce.

Aún nos vemos en más difíciles trances cuando hemos de formar la psicología de un tipo que no pertenece á nuestro sexo. Cuando hablamos de los sentimientos de un hombre, nos es más fácil adivinarlos por cierto espíritu común á los de nuestro sexo. Pero imaginad que la protagonista de nuestra obra es una mujer que, por ejemplo, ha entregado su corazón al ser amado y hemos de expresar lo que aquélla piensa y lo que siente después de haber dado ese paso decisivo; hemos de averiguar si siente incertidumbre ante el porvenir, ó recelos acerca de la sinceridad de su galanteador ó, si por el contrario, acepta, totalmente satisfecha, su resolución.

No podemos, en tal caso, usar del procedimiento experimental, hacer que un hombre deslice en nuestros oídos frases amorosas para conocer las emociones que ello produce en aquella mujer. Para ello acudimos á nuestra arma, la imaginación.

El mayor éxito que podemos alcanzar

nuestra mayor satisfacción es que al crear un tipo de mujer, al describir sus sentimientos, al llevar al libro sus emociones, exclame la lectora:—«¡Cualquiera diría que este novelista ha sido mujer! ¡Qué bien interpreta nuestros sentimientos!»

La imaginación es para nosotros, de otra suerte, como el lebril que sirve de lazarillo al ciego. Ella va tirando de la cuerda y nos conduce unas veces por caminos holgados, otras por estrechos senderos, erizados de obstáculos ó bien contra una esquina. Este perriño se vuelve muchas veces hidrófobo y muerde al novelista, al ciego, que se entrega, confiado, al lazarillo.

Sufrimos exceso de imaginación, y de ahí que los novelistas seamos un tanto embusteros. (Risas.) Aunque nuestras mentiras no perjudican al semejante sino que nos hieren á nosotros mismos. Más bien que embusteros, somos hombres fuera de la realidad, porque decimos las mentiras ingenuamente, porque vemos el mundo de manera distinta á la de los demás seres; porque lo vemos muchas veces, no como es, sino como quisiéramos que fuese.

Nadie como Balzac vivió más alejado de lo real. Cuando escribía su famosa novela «Eugenia Grandet», vivía Balzac la vida de

aquel personaje creado por su imaginación y éste lo era todo, para el novelista, en el mundo. Un día llegó un joven novelista, un discípulo de Balzac. Apareció triste, como presa de gran desesperación, y comenzó á relatar sus ouitas al maestro. Su hermana se hallaba moribunda. Cuidándola, en la cabecera de la cama, había pasado la noche el joven escritor. Y relatando su desgracia, esperando la próxima muerte del ser querido, el recién llegado lloraba amargamente.

Balzac, distraído, exclamó de pronto:

—Vaya; no hablemos de cosas fantásticas. Hablemos de la realidad, de «Eugenia Grandet», la novela que estoy escribiendo. (Risas.) No había para él otra realidad que la obra hija de su imaginación; lo demás era todo ilusión, fantasía.

Era tal la imaginación de aquel gran novelista que, cuando se lo proponía, vivía en el mejor de los mundos.

Tras de no pocos esfuerzos pudo un día adquirir un hotelito en los alrededores de París, en Ville d'Avrai. En ese mismo hotel fué, por cierto, en donde muchos años después sonó un disparo, resonaron gritos de mujer, y al llegar la policía vió en la alcoba á un hombre tendido y con un revólver jun-

to á su cuerpo inerte. Al ver su barba, sus melenas de león, la policía quedó atónita aquel hombre era un gran gobernante francés, Gambetta, que acababa de morir, no se sabe si víctima de un suicidio ó vencido por la pasión amorosa de una mujer.

En este hotelito de Ville d'Avrai, histórico por dos conceptos, vivía Balzac, que si pudo recoger algunos ahorros con que comprar el edificio, no dispuso de los suficientes para alhajarlo. Pero un novelista como él, un hombre de tan poderosa imaginación no se arredraba ante tan leves obstáculos y Balzac, carbón en mano, amuebló toda la casa; y lo hizo de tal manera, que pudo competir con las más suntuosas y regias mansiones. En el suelo de la antesala escribió: «Aquí un tapiz de Persia.» (Risas.) En las paredes decía: «Aquí un cuadro de Rubens, de cien mil francos.» Y en los salones principales, siempre con el carbón en la mano, iba colocando sillerías Luis XV, camas Renacimiento y cuanto su imaginación de artista le sugería. Y era tal la fuerza de su imaginación, que después, cuando el gran escritor bajaba á París y hablaba con el sabio Victor Hugo y con otros autores de su época, se hacía lenguas del tapiz persa de su antesala, de la cama Renacimiento, de todo lo que tenía, de todos aque-

llos esplendores con que la fantasía había adornado las piezas de su hotelito.

Las grandes imaginaciones conciben grandes ideas y poseen grandes iniciativas, pero rara vez las llevan á la práctica.

¿Sabéis á quién se le ocurrió la formación de *trusts*? Fué al propio Balzac. En su mente forjaba negocios inmensos, de realización posible en otra voluntad que no fuera la del maestro de la novela; y apenas los proyectaba, dedicábase á contar los beneficios, modo de aumentarlos, etc., etc., y hacer operaciones comerciales ó financieras que nunca llegaban á un estado embrionario.

Cuando pensaba en los *trusts* se le ocurrió constituir uno encaminado á monopolizar la venta de las maderas que entrasen en París y se propuso comprar todas las que llegasen de Rusia. Paseando por el bulevar hizo números, barajó cantidades y dedujo que el negocio le produciría unos catorce millones de francos anuales. (Risas). Balzac, hombre generoso, daba inmediatamente participación de sus negocios en proyecto.

La misma mañana en que se le ocurrió la idea del *trust* de las maderas de Rusia, encontró en la calle al gran caricaturista Monnier y en seguida le hizo partícipe de su negocio. Le explicó el modo de realizar tan pin-

güe empress, le dijo que las ganancias ascen-
dían á catorce millones de francos anuales é
inmediatamente le ofreció siete millones. El
caricaturista, que le escuchaba asombrado,
contentó por todo comentario:

—¿No podrás adelantarme cinco francos
para cenar hoy? (Grandes risas).

Balzac pasó su vida entre fantasías y bajo
el peso de un incesante y duro trabajo.

De todo su bagaje artístico quedan seis
novelas inmortales, seis obras que sirven de
modelo á los que luego han venido dedicán-
dose al ejercicio y cultivo de este género li-
terario.

Y al mismo tiempo que este gran artista
trajo la descripción al arte novelesco, é intro-
dujo el elemento «odio», se desarrollaron
en Francia y en Inglaterra dos grandes genios
de la novela, que introdujeron en ella otro
elemento, un elemento de inmensa influencia
social: la piedad, la lástima á los desgra-
dos, la tendencia á hacer que los lectores mi-
ren hacia abajo, para condolerse de la mise-
ria, de los que sufren en las últimas capas
sociales. Estos grandes autores fueron dos
novelistas románticos: Víctor Hugo y Carlos
Dickens.

No es que antes de estos escritores no
existiera la piedad en el mundo. La piedad es

un sentimiento humano, un sentimiento noble que vive en gran parte de la humanidad. Pero la piedad no había tenido una manifestación elocuente y artística en la literatura hasta que se publicaron las obras de estos dos genios de la novela.

Carlos Dickens introdujo en la novela un personaje que inspira honda ternura, que arranca lágrimas á los lectores, que produce honda simpatía é intenso cariño: es el niño pobre, vagabundo, abandonado á los azares de la vida.

Carlos Dickens al hablar del niño infeliz supo hacer llorar á los lectores con el relato de aquellas desaventuras, porque él había sido también un pájaro del arroyo.

Vosotros, señores, los que tenéis la dicha de vivir en Valencia, en este clima benigno, en donde la existencia se desliza dulce y fácilmente, bajo un cielo eternamente azul, en esta tierra pródiga y fecunda, en que los menos favorecidos por la fortuna pueden satisfacer, siquiera sea frugalmente, las más urgentes necesidades de la vida, no podéis imaginar los sufrimientos que experimenta el pobre en los grandes centros de civilización, que para él se convierten en tristes desiertos. En los países fríos, en los del Norte, en esas inmensas ciudades, en donde laboran las al-

tas mentalidades, se producen asombrosos inventos y se levantan, retadores, grandes y suntuosos edificios, pero en donde el cielo es eternamente gris, donde apenas luce el sol, donde el hombre necesita más alimento y más abrigo, discurren por las calles tranvías, automóviles y ferrocarriles que conducen todo un mundo de riquezas y pasan por entre ríos de oro embalsado en escaparates deslumbradores; en donde á cada paso se yerguen maravillosas obras de arte, cae un hombre exánime, vencido por el hambre y sin que nadie oiga sus lamentos ni tenga para él una frase piadosa ó una mirada compasiva, puede morir como en un vasto desierto del Africa Occidental. (Grandes aplausos.)

Carlos Dickens había nacido en la inmensa Londres, en la Londres negra. No conoció á sus padres y se crió como el gorrión del arroyo. Fué en su infancia mozo de una taberna y los días, para él convertidos en noches, los pasaba en un subterráneo, en lo más crudo del invierno, sin más luz que la de la amarillenta llama del gas, lavando, con las manos aterridas de fríos vasos y botellas. Y cuando por medio de la literatura alcanzó la gloria, cuando fué el novelista predilecto de la aristocracia y de los intelectuales, cuando su nombre corrió por todo el mundo, al ver-

se halagado de los grandes y generalmente aplaudido y admirado, no desertó, como tantos otros, de los ideales generosos, no olvidó los primeros años de su vida, sino que difundió las tristes enseñanzas de su propia historia. Presenta siempre en su imaginación la memoria de aquel niño infeliz, abandonado en las vías londinenses á los egoísmos é injusticias de la sociedad, empleó su genio y su pluma de oro en la defensa de los humildes, de los niños sin albergue, de las madres sin pan y decía constantemente á los poderosos: «Pensad que hay gente que sufre y que muere en la miseria.» Y su obra literaria formó hombres buenos, despertó sentimientos de piedad, sirvió para que las riquezas de los de arriba lleven un poco de consuelo á los que abajo reniegan de la vida porque sólo les ofrece privaciones y dolores. (Ovación.)

El otro novelista, Victor Hugo, fué el cantor de la justicia universal. Con su vista de genio descubrió las deudas de la humanidad y las esculpió, como acusación y para enseñanza de los bien hallados con la fortuna, en aquella obra inmortal, más bien poema que novela, de todos vosotros, seguramente, conocida, que se llama «Los miserables».

En la Edad Media las buenas comadres y los pilluelos de la hermosa ciudad de Floren-

ois, veían con curiosidad y cierto recelo temeroso á un hombre enjuto, de perfil aguillino, que vagaba ataviado con el ropaje de un fantasma: vestía un ropón rojo, que acababa en larga capucha, sobre la cual las generaciones que le sucedieron colocaron una inmortal corona de laurel. Era un hombre misterioso, un poeta, al decir de las gentes. La muchedumbre supersticiosa hablaba de él como de un brujo, un sér extraño que conversaba con los muertos y poseía los secretos del porvenir: aquel hombre era Dante Alighieri.

El mismo nos cuenta que en mitad del camino de su vida y mientras vagaba por una senda obscura, se le apareció una luz y envuelto en ella iba su maestro Virgilio, coronado de radiante aureola. Virgilio le tomó la mano, lo introdujo en el Infierno y caminaron por los Siete Círculos, viendo los dolores, las desdichas, las torturas á que estaban sometidos los condenados de Dios.

En nuestros tiempos hubo un segundo Dante, tal vez más grande que el otro, porque sin mano que le guiase recorrió un infierno más vasto que el del poeta florentino; teniendo por guía sólo esa llama que los pintores colocan sobre la frente del genio, este gran poeta de nuestra época entró, no por los Siete Círculos de Dante, sino por los in-

terminables de nuestro infierno humano; y después de recorrer las sinuosidades del dedalo social, llegó al inmenso abismo en cuyo fondo rugen los condenados por la desigualdad, por la injusticia; claman y lloran los infelices, los parias... El poeta, al llegar al borde del abismo, no prorrumpe en apóstrofes ni en maldiciones; el genio llora y sus lágrimas son como pose de consuelo y de esperanza que al caer en las inflamadas entrañas de la gran sima sirven como de refresco á las almas que viven en las lóbregueces de abajo. (Aplausos.) Y después el poeta, volviéndose hacia los felices, hacia los privilegiados, á los que se hallan en las cumbres de la sociedad, se limita á decir: «Felices de la Tierra: he de daros una gran noticia; y es que el género humano no sólo sois vosotros; que nuestro globo es á modo de una nave en la que viajamos hombres de muy distinta condición; y vosotros, los que vais en doradas cámaras, olvidáis que sólo unas tablas os separan del abismo; olvidáis que los otros, no felices como vosotros, son pasajeros de la misma nave; olvidáis que vivimos rodeados del incierto, que cualquier estremecimiento de la Naturaleza puede ocasionar la muerte de todos, sin distinción de clases ni de categorías, y ya que en la común desgracia pediríais solidaridad de

sentimientos y de esfuerzos, practicadla también en los días para vosotros felices en que es muy distinta la suerte de unos y la de otros.» (Grandes aplausos.) Así hablaba Victor Hugo.

Creo, señores, que me estoy excediendo en este trabajo y ello ha de producir molestias. (Voces generales: «No, no.» Grandes aplausos.)

Pensad que habría de hablar de otros autores de novelas que alcanzaron gran influencia social en el siglo XIX; y si lo hiciera con la extensión que el tema requiere, emplearíamos largo tiempo y no sé á qué hora saldríamos de aquí. (Voces: «Adelante, adelante.»)

Brilló en el siglo XIX una personalidad noveladora que por su valor intrínseco no puede compararse ciertamente con los genios de quienes os he hablado, pero que tiene singular relieve tanto por su sexo como por haber sido en cierto modo la precursora de unas doctrinas poco ó nada conocidas aquí, en donde quizá tarden muchos años en aparecer—tal vez no aparezcan nunca—y que en otros puntos son causa de serias perturbaciones y grandes movimientos.

Me refiero á la novelista que adoptó el nombre de *Jorge Sand*. Esta escritora cultivó

varias escuelas literarias: fué romántica, naturalista, filósofa. Fué á modo de un autor proteico, que tomó distintos colores y formas diferentes; pero, lo que resalta en su varia labor es el ansia de reivindicación que conocemos en la actualidad con el nombre de *feminismo*.

Jorge Sand era una baronesa de provincia, la baronesa de Dudevant, que se llamaba Aurora Dupin. Mujer de poderosa imaginación, contrajo matrimonio con un *gentil homme de campagne*, como dicen los franceses; un rico señor del campo, que sólo pensaba en sus caballos, sus posesiones, sus cosechas, sus cacerías, y de todo ello hablaba á su esposa, que se dedicaba á hacer versos, á mirar á las estrellas, y que sentía todos los impulsos románticos de una viva imaginación femenina recluida en el campo. Esta unión, como comprenderéis no podía perpetuarse. Y ocurrió que un día la baronesa huyó á París con sus manuscritos para hacer vida de artista.

Esta mujer, que firmó sus primeros libros con el seudónimo de *Jorge Sand*, alcanzó uno de los triunfos más fulminantes que se conocen en la historia de la literatura. Se acostó siendo una señora desconocida y á la mañana siguiente todo París hablaba de ella, en aquella época en que vivían en París Victor

Hugo, Balzac y otras grandes figuras que constituyen la gloria de las letras francesas en la primera mitad del siglo XIX. Le bastó para ello una novela que tituló «Indiana». Esta novela, que nos parecerá inocente en nuestros días, allá por el primer tercio del pasado siglo era una obra hondamente revolucionaria, anarquista.

Para apreciar la audacia de aquella escritora, basta saber que Sand, su pseudónimo literario, era el nombre de un temible anarquista, de un estudiante alemán que pocos años antes había asesinado á un adalid y propagandista del Cristianismo y de todas las ideas del pasado.

El caso de esta mujer es algo semejante á si una marquesa de Madrid publicase una novela bajo el pseudónimo de *Angiolillo*.

«Indiana» era, como decíamos antes, la novela más atrevida entre las publicadas en aquella época. No es ello extraño en una mujer, porque cuando las mujeres adoptan una resolución, cuando una idea se adueña de su voluntad, son más decididas, más audaces que los hombres.

La mujer, en general, es más atrevida que el hombre porque no tiene la noción de lo ridículo.

Ved un ejemplo. A un hombre casado le

acontece un día que prometéis prestar ó determinada cantidad á un amigo que la solicita, ó garantizar con su firma cualquier documento de crédito. Aun sabiendo que el amigo os va á engañar, por miedo al ridículo mantenéis vuestra promesa. Se entera vuestra esposa y al ver que no os atrevéis á retirar vuestros ofrecimientos oponiendo una negativa á las solicitudes de vuestro amigo, sin vacilación propone: «Yo se lo diré con toda franqueza.» (Risas.)

Algo parecido le ocurrió á Jorge Sand. En su novela «Indiana» se atreve á decir que la mujer tiene derecho al amor, lo mismo que lo tiene el hombre. Esto, que ahora nos parece cosa corriente, era en aquellos tiempos una gran audacia.

Bien es verdad que este principio ya había sido defendido por Cervantes, genio profético que planteó varios problemas que aun nos preocupan en la actualidad. Todos recordais que el valeroso caballero manchego encuentra en el desierto á la pastora Marcela, hija de labradores acomodados, de excelente posición social y mujer de singular hermosura que apartada del mundo se dedica al humilde oficio de apacentar ganados. Cuando D. Quijote la interroga acerca de tan extraña resolución, viene á decir Marcela: «Sufro la

desgracia de ser hermosa y, por serlo, todos los hombres me persiguen, me acosan, se creen con derecho á declararme su amor y á exigirme que les ame, sin que yo tenga la facultad de escoger, sin que pueda ser dueña de mi corazón.» Y esto aun ocurre en la sociedad presente.

Yo—¿por qué no decirlo?—no soy feminista en el amplio sentido moderno que tiene esta palabra; pero, creo que la mujer debe gozar de muchos derechos que todavía le negamos.

Acontece, señoras—y no tomen de esto mucha nota las señoras, para no ser después más exigentes con sus maridos—que las leyes sociales han sido fabricadas por los hombres, sin la intervención de la mujer, y de ahí los privilegios que nos adjudicó nuestro propio egoísmo. Y leyes, en este caso, son los hábitos, las costumbres, los prejuicios, también por los hombres impuestos.

Los más toscos, más ignorantes ó más miserables, los que no inspiran simpatía alguna, pueden declarar su amor á la dama más ennobrecida, á la mujer más hermosa ó más ilustrada, sin que nadie tache de ilícita semejante resolución. En cambio la mujer, aunque sienta atraído su corazón por un hombre, aunque ofrezca en él su felicidad y su venturoso

porvenir, no puede expresar sus sentimientos sin faltar al pudor y al recato que su condición social le exige. Podrá, desde luego, á vuelta de más sufrimientos, hablar con las miradas, dirigir palabras insinuantes, y aun así corre el riesgo de ser descubierta y consiguientemente censurada ó no ser comprendida por el hombre á quien se dirige. Y esos dos seres, que fundiendo sus almas habrían formado un dichoso nido, se alejan por caminos distintos, de espaldas á la felicidad. (Aplausos.)

Este es el problema que en su novela «Indiana» planteó Jorge Sand: el derecho que asiste á la mujer para manifestar libremente sus sentimientos. Y esto, que en aquella época fué una afirmación hondamente revolucionaria, ha dado lugar á este movimiento moderno que conocemos con el nombre de «feminismo».

Dije antes que no soy partidario del feminismo tal como lo defienden sus adalides de hoy, si bien creo que deben ejercer las mujeres muchos de los derechos de que ahora se las despoja. Soy enemigo del feminismo porque ante todo soy artista y lo considero como un atentado á la estética.

Yo he visto en París y en Londres esos grandes mitines de sufragistas, de mujeres

que reclaman su derecho al voto y á intervenir en las Cortes, en el Municipio, etc. Aun esto lo aceptaría si no viera en las feministas el deseo de usurpar lo que es propio y peculiar del sexo contrario. Porque, como artista, me duele ver que la mujer, para exigir su libertad de acción, su emancipación total, comience por anular lo que es principal encanto de su sexo, por despojarse de cuanto la Naturaleza le dió para embellecerla y hacer que triunfe sobre el hombre, del que es reina y dominadora.

Las feministas creen que no pueden defender sus doctrinas si no abominan de su hermosura y consideran la fealdad como principal signo de redención.

Presenciando un mitin feminista en Londres hay momentos en que dudáis si aquello es una escena de Carnaval: mujeres que sólo por la falda anuncian su sexo—y aun al presente tratan de sustituirla por los pantalones—con la cabeza rapada, oculto el atractivo de sus ojos por antipáticas gafas negras y víctimas de lamentables opresiones que matan en la mujer su principal encanto, el de la línea, que constituye la parte más importante de la adorable estética femenina.

Jorge Sand, como hemos repetido, no ha dejado otras obras duraderas, de verdadera

influencia social, que aquellas en que se inicia el movimiento feminista.

A últimos del siglo XIX surgió otro artista, que era como un continuador de Balzac é influyó poderosamente, con la mayor influencia que alcanzó jamás la novela, en la sociedad de los últimos años del pasado siglo. Ese artista es de todos vosotros conocido, por su inmensa labor literaria y su decisiva intervención en un asunto que atrajo sobre sí á la justicia universal: es Emilio Zola.

La novela contemporánea ha ejercido una gran influencia social como educadora de las multitudes.

Los sabios, los apóstoles de la ciencia han descubierto y solucionado grandes problemas en los diversos campos del humano saber. Pero estos grandes hombres no son, las más de las veces, artistas que envuelven las verdades de la ciencia en una literatura amena que encuentra paso franco en los cerebros de toda condición y todo linaje. La tarea de los hombres de ciencia vienen á completarla los novelistas. Aquellos proporcionan la semilla; estos la recogen, abren surcos en el pueblo y la hacen germinar y fructificar.

El gran Claudio Bernard escribió muchos libros sobre cuestiones científicas y aquellas obras sólo son conocidas de contados hom-

bres, profesionales del saber. Viene Zola y en sus novelas propaga aquellas y otras enseñanzas que son ya del dominio de la multitud. Zola en sus últimos tiempos difundió las afirmaciones de la ciencia, las exigencias de la justicia y de la libertad, los principios de la moral moderna.

Porque pueden pasar, cumplido su fin, las creencias, que se disipan sometidas á la crítica; pueden morir las tradiciones aventadas por el progreso; pero, lo que no puede desaparecer, lo que nunca desaparecerá es la moral. Esta necesita de espíritu renovador y de estimulantes que la mantengan siempre en acción. Y esta es la misión que ejerce el novelista.

Cuentan de un hombre que, obsesionado por la idea del crimen, surgida en uno de esas conmociones del espíritu que oscurecen el cerebro, vió en situación semejante al personaje de una novela y como éste resolviese su situación por medio de una actitud reflexiva, pacífica, nuestro hombre se inclinó á la benevolencia, quizá á la abnegación, pero se emancipó del crimen. Y estas ideas de bondad surgen muchas veces inconscientemente, no por impulsos de nuestro albedrío, sino por el sacudimiento de una antigua lectura, del que nace como flor de virtud.

Los novelistas, grandes ó modestos, cuando producimos nuestros libros, no creáis que lo hacemos movidos por el sólo y detestable deseo de lucro ni aun por la noble ambición de gloria: trabajamos, en primer término, para propagar ideas y sentimientos que tenemos como los mejores.

Nuestra labor es complicada si atendemos á las múltiples y complejas derivaciones del sentimiento humano; pero es sencilla en cuanto se refiere á los resortes fundamentales de la psicología humana. Estos no son sino cuatro, que son como las cuatro fuentes originarias de donde nacen todos los sentimientos, todas las pasiones que agitan á la humanidad: el amor, el odio, el hambre y el miedo. Los demás sentimientos no son más que hijuelas, ramas de aquellos cuatro troncos.

Entre todos estos impulsos descuella el del amor, sin el cual sería imposible la vida de los humanos; no ya el amor en la acepción vulgar de la palabra, sino cuanto significa afecto, simpatía, afinidad electiva, base de la armonía social.

Su sentimiento opuesto es el odio, de una gran fuerza negativa, tan grande como la que en sentido afirmativo tiene el amor.

El hambre determina muchos de los actos

de nuestra vida é influye poderosamente en la formación de nuestros caracteres. No sólo el hambre material, que nos lleva á la desesperación, al desfallecimiento, á la anulación de la voluntad ó al crimen, y muchas veces á la dicha, sino el temor al hambre. El nos hace avaros y ambiciosos; éi también nos incita á trabajar y á estudiar para no caer entre las garras del cruel fantasma.

Y el miedo, señores, el miedo es tal vez la peor desgracia de la humanidad. El miedo es el que nos hace hipócritas, insinceros, miserables y malvados. ¡Cuántas veces conocemos la verdad, la tenemos en los labios y no la dejamos salir porque somos cobardes, porque puede más en nosotros el miedo; el miedo de oponernos á lo generalmente sancionado; el miedo á perder la tranquilidad, la libertad ó la fortuna! Por el miedo dejamos que caigan los inocentes y se encumbren los malvados; por el miedo halgamos al grande y despreciamos al humilde. Sin el miedo no existirían en el mundo innumerables problemas que amargan nuestra existencia; sin el miedo ¡quien duda que el mundo sería un paraíso! (Aplausos.)

Voy á terminar. (Voces: «No, no.»)

Como os decía antes, el novelista, en los tiempos presentes, está bien percatado de

que ejerce una importante función social y que su esfuerzo produce una evidente influencia en la marcha de la humanidad. Y creedme, señores, cuando trabajamos, unos desde las cumbres, otros en un nivel más modesto, todos tenemos conciencia de nuestra alta misión, de que, en cierto modo, ejercemos un verdadero sacerdocio; y cuando cubrimos las hojas de papel, de caracteres apretados que son como misteriosas mariposillas de nuestra imaginación; cuando las cuartillas van á la imprenta y se convierten en libro, el libro, pájaro del pensamiento, para la frontera, viste otro plumaje al ser traducido á un nuevo idioma y difunde nuestras ideas por pueblos extraños, creedme, no pensamos en los beneficios materiales ni en la satisfacción de nuestra vanidad por medio de la conquista de la gloria; pensamos en que aportamos un nuevo grano al acervo del progreso, en que contribuimos á formar las almas de las generaciones venideras. (Aplausos.)

Nuestro galardón, nuestra recompensa, nuestra suprema gloria es que algún día, quienes manejen las páginas que dejamos escritas, se indignen ante las injusticias sociales que en ellas palpitan; que en nuestras páginas quede la huella de alguna lágrima femenina, desprendida de unos ojos dulces, de un

corazón movido á piedad y conmiseración por los que sufren. (Aplausos.)

Nosotras creemos trabajar por el porvenir, para adelantar el advenimiento de la felicidad, para crear almas generosas y voluntades firmes, para llevar nuestro modesto esfuerzo á la creación de los futuros pueblos de aquella ciudad ideal en que soñara el doctor *Fausto*, inmortalizado por la pluma de Goethe: una ciudad en que todos sean iguales, una ciudad en donde todas las almas palpiten al unísono y en el mismo nivel; una ciudad en que no existan más leyes que la de la santa poesía, la del sacrosanto amor, la de la universal solidaridad; una ciudad en que los hombres no sean hombres sino ángeles que caminen por el camino de la justicia y del bien, por encima de las impurezas de esta vida, sumidos sus frentes en las nubes azules del eterno ideal. HE DICHO.

(Una estruendosa ovación, entre vivas y aclamaciones al novelista valenciano, resuena largo rato al fin de la conferencia).

Juan Bovio

CRISTO

EN LA

del Purim

X Azzati

R. 14725

VALENCIA

TA DE «EL PUEBLO»

Juan de Austria, 14

corazón movido á piedad y
por los que sufren. (Aplausos.)

Nosotras creemos trabajar
nir, para adelantar el advenim
licidad, para crear almas genero
des firmes, para llevar nuestro
fuerzo á la creación de los fut
de aquella ciudad ideal en q
doctor *Fausto*, inmortalizado
de Goethe: una ciudad en qu
iguales, una ciudad en donde t
palpitan al unísono y en el mis
ciudad en que no existan más l
la santa poesía, la del sacrosant
la universal solidaridad; una o
los hombres no sean hombres
que caminen por el camino de
del bien, por encima de las imp
vión, sumidos sus frentes en las
del eterno ideal. HE DICHO.

(Una estruendosa ovación, e
clamaciones al novelista valen
largo rato al fin de la conferenc

Juan Bovio

CRISTO

EN LA

Fiesta del Purim

TRADUCCION DE

Félix Azzati

R: 14725

VALENCIA

IMPRESA DE «EL PUEBLO»

Don Juan de Austria, 14

CRISTO

EN LA

FIESTA DEL PURIM

- - PERSONAJES - -

JUDAS DE KHERIOT
MARIA MAGDALENA
EL SHELIACH
MOAB
MANASÉS
CENTURIÓN
UNA HETAIRA
LA ADÚLTERA

Mujeres bacantes de
otras naciones congre-
gadas á la fiesta de las
Suertes.

VOZ DE CRISTO
CONJURADOS
LEGIONARIOS RO-
MANOS
FARISEOS
SADUCEOS
ESCRIBAS
PUEBLO

Hombres de diver-
sas naciones asisten á
la misma fiesta.



ACTO ÚNICO

La escena representa una plaza de Jerusalén. En el fondo, á la derecha, una sinagoga; á la izquierda una casita blanca con dos postigos, á la que se sube por una gradería exterior cubierta de un toldo de plantas. Algo separada de la puerta una ventana que dá á la calle. Entre la sinagoga y la casita se ve en el fondo de la calle, el pozo llamado de Salomón. Es de mañana y se celebra la fiesta del Purim. Gran número de hebreos de todas edades, condiciones y sexos, llenan la sinagoga, de modo que la gente se agrupa para mirar desde fuera las ceremonias que se celebran en el templo. En el fondo de la sinagoga apenas se vé al SHELIACH leyendo con voz nasal el «Parascá»:

SHELIACH

«Tres mil quinientos noventa y un años han transcurrido desde que Jehová hubo creado el mundo. Asuero, rey de Persia, repudió á Vesta y tomó por esposa y reina á Esther, hija de Abihall, de la tribu de Benlamino, educada por Mardoqueo su tío paterno. Y ella nada dijo y el rey no supo que era hebrea.»

(Entran dos legionarios romanos y detiennense á escuchar.)

LEGIONARIO 1.º

Los levitas cuentan siempre los años del mundo

y Roma cuenta las regiones: la cuenta más cierta no se hace ahí dentro.

(Comienzan á entrar los congregados á la fiesta, con diversas vestiduras.)

LEGIONARIO 2.º

Aquí también puedes contar las regiones. Mira las faláforas de Lesbos con las cuales compiten los afeminados de Frigia, precedidas de las aulétridas jónicas; mira á Taranto, el lascivo pueblo al que fué Sibaris, gobernado por jóvenes de afeitado y perfumado rostro que disimula el sexo. ¡Oh! Ahí llegan las tribus de Esparta celebradas por el valor de sus mujeres. El tribadismo es solo lo que queda de Esparta. Mira á los hijos de Marsella, con su recio pecho y sus velludas manos. ¡Cápua! ¡Ya llega Cápua, á cuyo poderoso dominio se rendirán antes los levitas que Anibal...! Mira los ópicos...

LEGIONARIO 1.º

¡Por Marte! Aquí es imposible contar las regiones: se confunden, se amontonan,
(Voz del Sheliach en la sinagoga.)

SHELIACH

«Y Amán, de la corte de Asuero, decretó el exterminio del pueblo de Dios...»

VARIAS VOCES EN LA SINAGOGA

¡Maldición sobre su descendencia!

SHELIACH

(Con el mismo tono.)

«...porque Mardoqueo negó á Amán el respeto debido á Dios. Y Esther dijo al rey: «¡Oh rey! Así como yo he tenido clemencia para ti, salva mi vida y la de

mi pueblo.» Y el rey á ella: «¿Quién amenaza á tí y á tu pueblo?» Esther responde: «Ese que está frente á tí: Amán.»

UN HEBREO

Primero astucia y después malicia, como todas las hembras.

LEGIONARIO 1.º

¿Ves aquel enmascarado fariseo, aquel Gamaliel que vá rozándose lascivamente con una faláfora?

LEGIONARIO 2.º

Pues mira también entre los afeminados de Frigia á Menahen, el escriba, el mercader, que parece un saduceo disfrazado de sibarita.

CENTURIÓN

(Después de haber escuchado á los dos legionarios, toca con un bastón al 2.º.)

¡Roma tolera todas las religiones y acoge en el Panteón á todos los dioses! Ni erigió altares á la Discordia, ni adoró la Imprudencia.

SHELLACH

«El pueblo de Dios se salvó, y poco después, Amán, pendía de la horca que levantó él para Mardoqueo.» ¡Celebrad la fiesta del Purim!

HEBREOS GRITANDO:

¡Santa fiesta de las Suertes!

(Saliendo de la sinagoga.)

UN VIEJO

La fiesta del Purim no fué aceptada por los ochenta y cinco ancianos.

UNA MUJER

¡Ochenta y cinco averiados! ¡Los jóvenes dioses quieren fiestas!

LEGIONARIO 2.º

¡El viejo Jehová quiere sangre!

UN LEVITA

¡La habrá! (Pasa.)

(Mientras los que salen de la sinagoga se esparcen por la escena, entran Judas, Moab, Manasés y otros conspiradores por la emancipación de los hebreos del dominio romano. Hablan recelosa y rápidamente y miran con desconfianza á su alrededor.)

MOAB

Y ¿el rabino de Nazaret se proclama Mesías ó Judas?

JUDAS

¡Si!

MOAB

¡Hijo de Dios!

JUDAS

Dios es el mismo, pero no está con nosotros.

MOAB

¿Con los romanos?

JUDAS

Tampoco.

MOAB

¿Entonces?

JUDAS

¡Con la Humanidad!

MOAB

¡Humanidad entre opresores y oprimidos!

JUDAS

¡Y predica humanidad cuando aun humea la sangre de nuestros hermanos derramada por los cuchillos romanos!

MOAB

Y ¿aún quieres seguir á tu Maestro?

JUDAS

¡No!

MOAB

¿Qué otro poder podía persuadirte?

JUDAS

¡Ninguno!

MOAB

¿Ni el pontifice, ni el Sanhedrin?

JUDAS

¡Nadie!

MOAB

¡Matémosle!

JUDAS

¡Oh!...

(Entra una hetaira conducida en una litera.)

HETAIRA

¡Acercaos, lascivos satiros, graves fariseos, compungidos levitas, austeros esenios, ebrios herodianos! ¡Abandonad los santones lamidos por los dormederos de Abraham y las zorras de Sansón, y corred ansiosos á donde se rinde eterno culto á la belleza! Allí renace Eva y rejuvenece Adán, huyendo del árbol de la ciencia y aspirando el árbol de la vida. El Dios que os prohibió la manzana duerme desde que el hombre de Gargettos lo miró á los ojos. ¡La manzana es vuestra; cojedla necios, que la vida es corta y la muerte fria. Y tú, Judas, de níveo rostro como las cimas del monte Carmelo antes del mes de Nisan; y tú Moab, de ojos cerúleos como el lago de Genezaret; y tú Manasés, de corazón inmóvil como las aguas del Asphaltites, oid mis palabras, mi inspiración que afluye limpida como la fuente del Siloan: no os conjuréis, hoy al menos, por la redención de un pueblo...

JUDAS

¡Oh, la habladora...! Moab, Manasés, alejaos...

HETAIRA

...de un pueblo al cual, como si aquí fuese poca la corrupción traída de Egipto, de Siria, de Persia, Alejandro ha añadido los vicios de Grecia y de Pompeya...

LEGIONARIO 1.º

¡El esplendor!

HETAIRA

...las vergüenzas de Roma y los delirios del mundo.

JUDAS

Esperadme en la torre Antonia.

(A Moab, Manasés y los demás conjurados.)

HETAIRA

Si á Roma le fué imposible sustraerse á la influencia griega, vosotros tampoco podréis sustraeros á la influencia romana ¡hombre de niveo rostro como las cimas del monte Carmelo, hombre de ojos cerúleos como el lago de Genezaret, hombre de corazón inmóvil como las aguas del Asfaltites.

JUDAS

Ved una ateniense que habla el idioma de Salomón, cuando nosotros los hebreos empezamos á olvidar, en la lengua griega, el sermón de David. Quiero decirte, hetaira, en el suave idioma de Mitilena, que así como me sustraigo á tu belleza que sirvió de modelo á Fidias, para idear la Minerva del Partenon y á quien los atenienses perdonarían el sacrilegio si hubiesen sabido que en tí modeló á la diosa, así este pueblo de Dios sabrá sustraerse á la fuerza de...

CENTURIÓN

¡De Roma, no!

MOAB Y MANASÉS

(Acercándose con rapidez.)

¡Si!

CENTURIÓN

¡No! Vosotros que no tenéis un Graco, un Mario, ni siquiera un Catilina; vosotros que pedís vuestra redención á cualquier profeta hebreo, á cualquier ignoraro bautista, á un Mesías mágico; vosotros que llamáis redención de un pueblo al hecho de arrojar la plebe bajo la oligarquía teocrática ¿pretendéis vencer las legiones que extiende en la tierra el Derecho de Roma? ¡La ley de Moisés...! ¡La ley del mundo se medita en el Senado!

MOAB

Se medita en Capri, se vende en Roma, se impone á la tierra. ¡En nuestro Decálogo están llamadas á desaparecer las doce tablas!

HETAIRA

(Levantándose de la litera.)

Viejas son en verdad unas y otras leyes: hablan á la razón y se olvidan del sentimiento. A tiempos nuevos, nuevas leyes surgen: la ley de la voluntad y la del espíritu. Epicuro, ó el joven Maestro de Nazaret. ¿A quién adoras? ¿Calláis confusos? Yo ya he elegido.

VOCES

¿A quién?

HETAIRA

Triste es el de Nazaret y el alma sonriente de Epicuro enardece en Roma la sangre á las vestales, en Grecia enrojecen las sacerdotisas de Diana y en Jerusalén inflama los ojos de Magdalena. Si yo no amara á Grecia iría tras el fascinador de Galilea.

CENTURIÓN

¿Del galileo, tú? ¡Oh, hetaira!

HETAIRA

Oye romano: en la palabra del Maestro descúbrense profundos pensamientos que no nacen para morir aquí. Si en Roma no me encuentras entre los secuaces de Tiberio, búscame entre los compañeros del Mesías.

(Entra un grupo de fariseos, saduceos y escribas.)

UN FARISEO

¿Del Mesías...? ¡Oh, como se extiende su palabra! En Grecia encuentra también ecos.

UN SADUCEO

¡Haga, pues, un milagro y será Dios! ¡Que se le exija!

UN ESCRIBA

Si, que se le exija. ¡O es un Dios ó un malhechor! ¡Que lo demuestre, ya que predica y conmueve á las turbas!

(Todo el grupo sale por la izquierda.)

LEGIONARIO 1.º

(A la hetaira.)

Repítenos el canto de Safo, para la conquista de la corona Apolínea en las luchas olímpicas.

LEGIONARIO 2.º

De Safo, no: deliraba demasiado ó gemía como los profetas de Jerusalén. Recuérdanos el canto heroico de un rapsoda en las fiestas panatenaicas.

VOCES

¡De Safo! ¡De Safo!

CENTURIÓN

¡Del rapsoda! — «Toma el ramo Apolíneo, roba á Demodoco las memorias triunfales de sus mayores y vence á los nemeos...»

HETAIRA

¡Yo no repito, me inspiro! Desciendo del divino Femio que decía á Ulisés: «Soy docto por mi mismo, pero Dios sembró inflaitos cantos en mi mente.»

CENTURIÓN

¡Feliz, oh, tu, descendiente de Femio y heredero de los cármenes! Toma el ramo...

(Mientras la hetaira coje el ramo y la rodean todos, se oye en el fondo, á izquierda, una voz dulce y aguda como de trompa.)

VOZ DE CRISTO

¡Vosotros no tenéis fé y pedís milagros! ¡El hijo del Hombre no se semeja á Simón, el mago de Síquem! ¡La fé puede mover las montañas! ¡Largo, progenie de víboras!

(Silencio. La fiesta se suspende de pronto.)

HETAIRA

(Cayéndole el ramo de las manos.)

¡Me pareció la voz de mi padre, el día en que me condenaba!

CENTURIÓN

¿Quién ha pronunciado esas palabras? Parecen más enérgicas que el grito de Germánico dirigido á las amotinadas legiones del Rhin.

(Sale un grupo de saduceos, fariseos y escribas, con ademanes descompuestos.)

UN ESCRIBA

Ni una palabra de tolerancia para nosotros, él que las tuvo de dulzura para la mujer de Samaria, de perdón para la pecadora de Magdala, de piedad para la pagana de Tiro...

UN FARISEO

¡Con esas palabras ha decidido su suerte!

HETAIRA

Ha decidido la vuestra ¡oh fariseos! sobre quienes ha lanzado la maldición de un mundo ignoto. No toquéis al Rabino. Han transcurrido cincuenta olimpiadas desde que el mejor de los hombres bebió hiel y vinagre, y el mundo no ha perdonado todavía á los eliasas y á Atenas. ¡No toquéis al Rabino, no os opongáis al destino del mundo!

(La hetaira es conducida en la litera, por la calle donde salen los fariseos y los escribas. Muchos la siguen; otros márchanse por distintos puntos; Mosb, Manasés, diríjense hacia la torre Antonia. Judas queda sólo.)

JUDAS

¡Oh, hetaira, oh, profeta del destino! Tú no has dicho lo que Sócrates, tu Maestro, hubiese preferido más: si la doctrina de un hombre ó la causa de un pueblo. Escrito está que él quiso morir por las leyes del pueblo, no por sus teorías. ¿Será más grande que él, este idealista de Nazaret? ¿Será más grande el sueño de este hombre desconocido que la historia de un pueblo?—«¡Alguien me traiciona!»—dijo él, y lanzó sobre mí una mirada de fuego.—«¡Tú traicionas á tu pueblo!»—le quise responder, pero mi conciencia no ayudó á mi palabra. ¡Traiciona él y es grande, niega la patria cuando no traiciona y es maestro; la insulta cuando no la niega y es Dios...!

¡Yo traidor... yo hebreo que quiero la libertad de los míos... y ante él soy reo, reo casi ante mí mismo! ¡Se ha revuelto la conciencia del mundo!— «¡Alguien me traiciona!»—y cuando él lo dice, temo que se refiera á mí. Y ¿por qué han de ser menos traidores que ese «alguien», Pedro que tiembla, Juan que delira, Santiago que gime y Tomás que duda? Bartolomé y Felipe, fátuos, ¿no traicionan mucho más que al hombre á la doctrina? ¿Te serán fieles Mateo el publicano y Lebeo el supersticioso? ¿Serán sostén de tus ideas las mujeres que alimentan tu cuerpo, y esta Magdalena que con femenil vanidad, se atribuye el honor del «coapostolado»? La traición existe en todos los seres, en los átomos que se respiran, en el espacio, en la inmensidad misma de tu empresa, en tus discípulos que te adoran pero desean tu muerte para proclamarse maestros, en tus hermanos, en tí mismo, empeñado en dominar los destinos y en la humanidad que no se acuerda de lo que tu llamas esplendor de los tiempos ni vá tras el ideal de un hombre solo. ¡Si de tu afrentosa muerte es causa mi traición, la complicidad se extiende desde el género humano hasta tu padre!

MAGDALENA

(Desde la puerta de su casita blanca.)

¡Judas! (Mientras Judas se acerca María le dice:)
Es la primera vez que te veo hablar solo, y á tu edad eso no ocurre nunca.

JUDAS

¿Con quién hablo pues?

MAGDALENA

Con algo que te inquieta en tu interior.

JUDAS

Pretendes ver en mí lo que yo mis no no veo.

MAGDALENA

(Llevándose una mano al pecho.)

Como no abrigo pasiones, lo adivino todo con claridad.

JUDAS

¡Ah, sí que abrigas pasiones, sufres desengaños y nuevos amores!

MAGDALENA

Cuando hayas estudiado las ajenas culpas, los pecados de esa Sodoma que se extiende desde Roma á Jerusalén, aun encontrarás un hecho, un pensamiento superior á todas las abyecciones del mundo.

JUDAS

Será el pensamiento de un hombre de genio.

MAGDALENA

Ante el cual, según tú, el Nazareno es un vil, ¿Quién será el héroe? (Judas inclina los ojos hacia el suelo.) Ahora te hablaré de mí. No he olvidado mi pasado pero tampoco inclinaré la frente. Él ha medido su perdón, más en mi fé que en mis delitos, y mucha fé le tengo porque le amo mucho.

JUDAS

¿A él?

MAGDALENA

A él. El me elevó hasta sí mismo. Primero le creí grande y le veneré: después le creí la víctima de un destino fatal, y tuve piedad de él, como una madre que vé á su hijo en peligro. Más tarde le ví envuelto en un nimbo de luz; después no sé que encontré en él profundamente humano y penetró en mi espíritu como un ser idéntico al mío; él me elevó en mi caída y purificó mi alma.

JUDAS

Qué amas en él: ¿al Dios ó al hombre?

MAGDALENA

¡Terrible pregunta! Del Dios que muestran en los templos tengo miedo, no conozco criatura que lo ame. Este joven Dios me inclina hacia un nuevo amor opuesto á mi pasado. No me rechaza como hacen los fariseos que delinquen y condenan; me acoge como mujer pecadora para redimirme y capaz por el amor de purificarme. ¿Le amas tú?

JUDAS

¡Le admiro!

MAGDALENA

¡El, lee en tí!

JUDAS

¡Mentira!

MAGDALENA

¡El, sí!

JUDAS

¡Ni siquiera yo mismo!

MAGDALENA

Ahora verás si es cierto... Ayer, al trasportar el sol, vino á esta casita después de larga discusión en el templo, cansado y pensativo. Se sentó en la gradería y apoyando en el muro la cabeza, miraba con aquellos grandes y profundos ojos en los que se adivina la idea del sacrificio, las estrellas que brillaban con menos luz que sus pupilas. Parecía que iba á entablar un diálogo con mundos ignotos. Al través de su pálida frente, se adivinaban las visiones que surgían en su cerebro, sus triunfos, sus sufrimientos. Sus labios estaban trémulos. Nosotros callábamos. «¡Ay!—dijo—no me enviéis este cáliz... ¡La vida es bella y la carne no abandona el mundo tan fácilmente como el espíritu...!» «¡Maestro—gritamos:—levántate!» Y él decía:—«Sufro mucho; sudo sangre!» Y después añadió: «¿En qué te he ofendido, o pueblo? Responde.» Y al pronunciar aquellas palabras parecía elevarse sobre todos los seres y juzgarlos á todos.

JUDAS

¡Y él, que ha abandonado á un pueblo gritó: «¡No me abandonéis!» Sí; yo le he visto palidecer ante la probabilidad de la muerte.

MAGDALENA

El sabe la vida que abandona y la juventud que pierde. Quien no sabe morir no tiembla al llegar á ese instante supremo. ¿Sin terror, habría sacrificio?

JUDAS

¿Y dijo entonces: «Alguien me traiciona?»

MAGDALENA

Dijo solamente: «Perdónalos, Señor, que no saben lo que se hacen.» Después de pronunciar estas palabras volvióse dulce y sereno: nos dijo que había hablado con el Padre. Osé preguntarle si sus discípulos le comprenderían siempre y volvió tristemente la cabeza y calló.

JUDAS

Y de mí ¿qué dijo?

MAGDALENA

Volvióse á Santiago de Zebedeo...

JUDAS

¡De mí, de mí! ¿Qué dijo de mí? Deja á los demás.

MAGDALENA

¿De tí? Esto: «Judas está conmigo más para traicionarme que para seguirme: es entre todos el que más lejos está.»

JUDAS

¡Quizás sea cierto!

MAGDALENA

Sí, es cierto. «Judas—dijo—no tiene ni la fé de Felipe, ni la de Bartolomé, ni la de los demás discípulos; no medita como el filósofo de Estagira: oscila siempre entre dos fines y acaba inclinándose hacia la traición.»

JUDAS

¿Pero no lo afirmó?

MAGDALENA

«Se inclina—dijo—porque él jamás pronuncia las palabras «amén» «ni pienso». Cuando Judas viene á mí, busca al Mesías, á un hombre nuevo; si se inclina á los fariseos es por que cree encontrar una nueva necrópolis que él llama patria, una fórmula que llama nación. Yo le he dicho: Deja á los muertos sepultar sus muertos. Y no me entendió.»

JUDAS

Le comprendí y le dije:—«Jerusalén es un pueblo muerto también y de él tú y yo somos hijos: construyamos un sepulcro inmenso y arrojémonos á él con el rostro vuelto contra Roma.»

MAGDALENA

Y él te respondió:—«Soy el hijo del Hombre. La verdad que vive en mí, ni es hebrea ni es romana. El que no está conmigo está contra mí.»

JUDAS

«Tú eres uno.»—le dije.

MAGDALENA

«Una es la verdad.»—te repuso.

JUDAS

«Te abandonarán tus discípulos.»

MAGDALENA

«Me pertenecen los siglos.»

JUDAS

«Dame—le dije—alguna señal de los tiempos.»

MAGDALENA

«La llevas en la mejor mitad de tu alma.»

JUDAS

¡Hablas como si fueras él!

MAGDALENA

Está en mí como está en tí. Y él me dijo: «Habla de patria Judas Iscariote. Si él se mata se semejará á aquél soberbio uticence que no quiso sobrevivir á una república muerta; si me mata semejará al iracundo Cassio que intentó rehacer una deshecha república sobre un hombre muerto. Son almas vacías que toman las palabras por las cosas y en vez de tener fé y perseverancia, esgrimen el puñal.»

JUDAS

¡Palabras las nuestras! ¡La patria, la independencia de un pueblo, la opresión! ¡Palabras...! «¿Qué es la Verdad entonces?» le dije, y él me contestó: «Las almas vacías no pueden llenarse con definiciones. Vé al desierto y busca la Verdad: maestro es el desierto.»

MAGDALENA

Todo es frívolo para las inteligencias mediocres. «Piénsala.»—dijo—. Y si para pensarla necesitas siglos él te dará el espacio, el desierto.

JUDAS

La he pensado ya en un desierto más grande que

el alma mía y he de decírtela ya que se aproxima la catástrofe. El predica la ley suprema del amor de las almas que gozarán la felicidad en el cielo. ¡Santo maestro y santa doctrina que tiene su pecado en la santidad! Por las delicias celestiales que gozarán los bienaventurados, abandonarán la tierra para que la disfruten los que se llamen sucesores de Dios. ¡Oh, quisiera que después de su vaticinado milenio apareciese él en la dorada mansión de sus sucesores envuelto en su pobre y blanca túnica de esenio! «¿Quién eres tú?» le gritarían. «¡Jesús de Nazaret!» «¡Largo de aquí, apestado! ¡Nuestro reino es de este mundo!» ¡Quisiera leer entonces su corazón...!

MAGDALENA

Visitará el fétido tugurio del obrero, la miserable vivienda del agricultor y entre los seres afligidos será el padre que consuela.

JUDAS

Si al pobre le han matado un hijo ¿qué consuelo podrá darle?

MAGDALENA

«¡Lo volverás á ver!» —dirá.

JUDAS

Si al campesino le arrebatan las mieses.

MAGDALENA

Dirá Dios: — «¡Te será restituido mil por uno!»

JUDAS

¿Dónde?

MAGDALENA

¡Allá!

JUDAS

(Lanzando un grito.)

¡Ay! ¿Cómo saberlo? ¿Cuál es su origen? Quien entre el derecho y el destino del hombre pone la muerte es un santo que se engaña.

MAGDALENA

¡Ob, miserable gente, que no sabe amar ni odiar bastante! El, que ensalza al siervo hasta el señor, la mujer hasta el hombre, el judío hasta el romano y todos hasta él; él, que ama á un niño como á un mundo, odia implacablemente. Odia en el fariseo la hipocresía, en el rico la avaricia, en el poderoso la desigualdad y de su ira infinita brotan los eternos tormentos. El amor que hay en tí para tí mismo, en él es universal; el odio que en tí es rebellón, en él es revolución. El odio brota de su amor, destruye y crea.

JUDAS

Crea el amor del cielo, ¡oh, mujer! el de aquí quedará destruido por nosotros. Sólo existirá un amor hipócrita entre los traficadores de su nombre. No Magdalena, no soy yo quien vende á Dios: ya vendrá.

MAGDALENA

Pero Dios vendrá á juzgarles.

JUDAS

Si su juicio venidero restituye la tierra á quien la trabaja y la igualdad del cielo desciende sobre la

tierra trabajada y se eleva á la mujer á la dignidad de persona, entonces, se transformará el Verbo surgirán otros mundos, otros destinos, y él pasará á la categoría de los dioses muertos.

MAGDALENA

¡Después de él, ya no vendrán profetas!

JUDAS

¡Profetas, númenes, mesías, demonios, encontrará el hombre en su pasado; en el presente experimentará el hombre sufrimientos y desengaños; en el porvenir será feliz porque se regirá por sí mismo!

MAGDALENA

¿Y quien será entonces el hijo del hombre?

JUDAS

Preguntas más de lo que yo sé.

MAGDALENA

¿No será él?

JUDAS

¡No; él no!

MAGDALENA

¿Quién es él, para tí?

JUDAS

No es el Mesías que esperamos.

MAGDALENA

¿Buscas el Mesías del Mundo?

JUDAS

Busco al hombre de Israel, no al hombre universal ni á un Dios de quien está cansada ya esta irreductible tierra semita.

MAGDALENA

Desde este momento...

JUDAS

Estamos decididos.

MAGDALENA

¡Mucho pierdes!

JUDAS

Lo lloro en mi interior; no conozco criatura más elevada, más noble; repito sus palabras cuando intento pronunciar las mías; contra mi voluntad hablo su lengua más bella que la de los griegos; su dulce acento pareceme más sentencioso y profundo que un libro aristotélico. ¡Si alguien le acusa, corro á defenderle con las palabras y con los hechos; hasta la muerte conservaré su recuerdo!

MAGDALENA

¿Intentas Judas, penetrar en el pasado? Ve y busca pues, á tu Mesías entre los hombres que sin Dios dicen que tienen fe, sin pueblo intentan revelarse, sin ideales intentan gobernar. A un lado el Pontífice, el Sanhedrín, Pilatos, las legiones, la vieja Jerusalén y la antigua Roma; á otro un hombre solo: Jesús. ¡Nunca en torno de un hombre hubo tanta soledad ni nunca un hombre solo la llenó tanto. En la soledad vive y la soledad le hace poderoso. Si tu redentor está en las muchedumbres tu redención es un

ideal imposible. Busca pues, en la muchedumbre á un Mesías que no pueda sustraerse al poder de las turbas (Judas hace un movimiento como para andar y se detiene.) ¿Por qué te paras? ¡Camina, hombre de media alma! En el apostolado hebreo, no representarás ninguna de las doce tribus de Israel. El puesto que tu abandonas lo ocupará Matías que es un alma entera. ¿Por qué te detienes aún?

JUDAS

¿Has marcado tú en la tierra esta cruz?

MAGDALENA

La ha marcado Jesús y mirándola dijo: «¡Todo está consumado! ¡Que tu sombra cubra á todos, incluso á Judas!»

JUDAS

¡¡A mí...!! ¡No me atrevo á pasar sobre este signo!
¡Bórralo!

MAGDALENA

Lo marcó él con su dedo la primera vez, ante la pobre casa de María Magdalena y dijo que el César no podría borrarlo ni hacerle señal de infamia. Pasa y bórralo con tus pies!

JUDAS

(Mirando al signo.)

¡Oh, tierra! ¡Oh, Cristo! ¡Oh, pueblo de Judas!

VOCES DESDE DENTRO

¡Oh, la hetaira defiende á la adúltera!

HETAIRA

(Desde dentro.)

¡Uno solo que pida justicia representa la fuerza de un mundo!

MAGDALENA

Esa voz es el eco de tu corazón que te recuerda á Jesús.

HETAIRA

(Entrando.)

¿Quién hizo el Código olvidando los sufrimientos de esa pobre mujer, fué un legislador que vivió fuera del pueblo. Ved allá arriba al solitario de la fiesta, al Rabino. Pedidle que juzgue él solo.

(Se marcha.)

FUERTES VOCES DESDE DENTRO

¡Adúltera!

FARISEOS

(Entrando.)

¡Apedreadla!

(Entra la adúltera, pálida, temblorosa, empujada por fariseos, saduceos y escribas.)

LEGIONARIO 1.º

¡Abandonada del marido... sin trabajo, hambrienta, con un hijo!

FARISEOS

¡Que se cumpla la ley!

SADUCEOS

¡Las piedras!

CENTURIÓN

(Conmovido.)

¡Leyes sin corazón!

FARISEOS

¡Centurión! ¿En Roma se respetan las religiones,
leyes y costumbres de los pueblos vencidos.

(El Centurión se separa.)

MAGDALENA

(A Judas.)

¿A qué juez entregamos esa mujer abandonada?
¿A Cristo ó al Pontífice? ¡Dillo!

JUDAS

¡A Cristo!

MAGDALENA

¡Esa es la voz del alma!

JUDAS

(En voz alta.)

¡Interrogad al maestro de Nazaret, que está allí,
sólo, detrás del pozo de Salomón, si es adúltera una
mujer que no está con el marido!

GRITO DE FARISEOS

¡Lo ha confesado!

JUDAS

(En voz alta.)

¡Interrogadle! ¡Una mujer á quien el marido vuel-
ve las espaldas no tiene tálamo!

FARISEOS

¡Alguien nos traiciona!

JUDAS

¡Ah! ¡También él lo dijo así! ¡María!
(Señalándole á María los fariseos.)

MAGDALENA

De los arranques del corazón no suelen nacer las traiciones. El caso de esta mujer es dudoso. Debéis interrogar al Rabino.

FARISEOS

¡Que se le interrogue y se esclarezca, á juicio del pueblo, cuanto diga ese maestro en obsequio á las leyes!

(El populacho y los fariseos empujan á la adúltera hacia el pozo de Salomón. Magdalena seguida de Judas aparece en la gradería y mira por la ventana hacia el sitio donde está el Mesías.)

MANASÉS

¡Maestro; esta mujer es adúltera!

LEGIONARIO 1.º

Y la ha abandonado el marido.

MANASÉS

Manchada con crímenes y confesa, no puede rechazar la acusación del pueblo, después que juró su arrepentimiento.

MOAB

Ni con la prueba del agua amarga.

MANASÉS

¡Las leyes sancionan...!



LEGIONARIO 1.º

Maestro: el escriba Manasés que es quien más grita y acusa practica en casa de Gamaliel la fornicación de Antipas Herodes, condenada por Juan Bautista.

MOAB

¡Mentira!

LEGIONARIO 1.º

¡Y este que le defiende es Moab, el publicano; que intentó seducir á esta mujer y fué rechazado.

VOCES

¡Oh!

LEGIONARIO 1.º

¡Y esta es la honrada gente que invoca las leyes!

VOCES DE FARISEOS

¡Las leyes! ¡Las leyes!

VOZ DE CRISTO

(Como la primera vez.)

¿Y qué dice la ley?

GRITO DE FARISEOS

¡Las piedras!

LEGIONARIO 1.º

(A la adúltera.)

Habla pobre mujer, te escucha un juez inexorable.

ADÜLTERA

En el alma he sido ya apedreada.

LEGIONARIO 2.º

No hay alma nacida que muera después de recibir el fulgor de sus miradas. Concluido está el juicio. ¡Maestro, aquella mujer que ves con las piedras en la mano también engañó á su marido!

MOAB

Este que acusa á los demás en Abihell, hermano de Santiago, hijo de Alfeo el renegado, que se acostaba furtivamente en el lecho de Horeb.

VOZ DE CRISTO

¿Y qué dice la ley?

GRITO DE FARISEOS

¡Piedras, hemos dicho!

GRAN VOZ DE CRISTO

¡Sea, quien de vosotros esté libre de pecado que arroje la primera piedra!

(Silencio sepulcral.)

CENTURIÓN

¡He ahí un silencio milagroso! ¡Las piedras caen de las manos! (A un legionario.) Restituye á Roma mi bastón y dí que una sola palabra me ha convencido más que todas las del pretoriado. ¡Yo paso allá!

(Entrega el bastón al legionario y se marcha hacia el sitio de donde salió la voz de Cristo. Los hebreos en tanto salen mudos y lentamente.)

MAGDALENA

(Mirando por la ventana.)

¡Palabras de otra vida! (volviéndose hacia Judas.)
¡Dame tu manto; quiero arrojarlo al paso de Jesús!
¡Gloria á tí, hijo del hombre! Judas, ¿lloras...?

JUDAS

¡No es él, no es él, el Mesías que esperábamos!
Vive entregado á su ideal; dudo si en los futuros siglos
conocerán su existencia.

MAGDALENA

Para tí, él es ya un mito; tú, ante él, representas
la posteridad incrédula. El viene á nosotros. Iguro
quien será pero cuando haya puesto el pié sobre esta
cruz que él trazó con su dedo, yo, Magdalena la pe-
cadora, yo, de la sangre de Barabbas, el ladrón, me
cobijaré con los primeros á la sombra protectora del
hijo del hombre.

(Entra el Centurión.)

CENTURIÓN

¡El te busca, el Sanhedrin!

JUDAS

¡Esta es la voz que cerca de las islas de Egeo,
gritó á Tamo: «El gran Pan muere.»

MAGDALENA

(Con resolución.)

Caiga este Dios, Junto á los otros dioses, del
Egipto y Aasia ya sepultados. El hijo del hombre al

amanecer del tercero día surgirá del fondo y se elevará por los espacios jamás medidos por ningún profeta.

(Magdalena mira con alegría hacia la parte indicada por el Centurión y por la cual aparece Cristo. Judas dobla la cabeza.)

TELON.

MAGDALENA

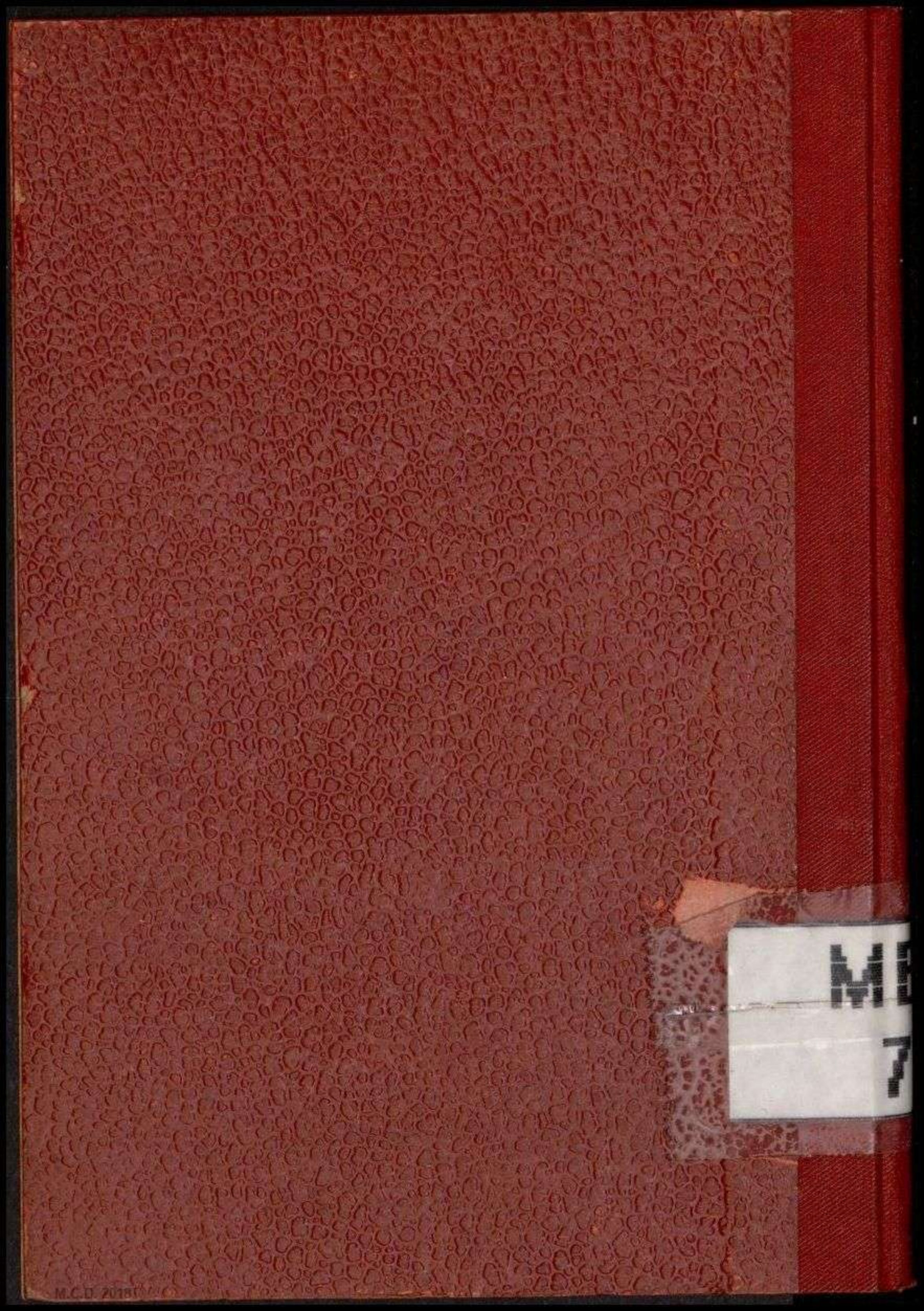
¡Oh Cristo, hijo del hombre, que has venido a salvar a los hombres! ¡Oh Cristo, que has venido a salvar a los hombres! ¡Oh Cristo, que has venido a salvar a los hombres!

JUDAS

¡Oh Cristo, hijo del hombre, que has venido a salvar a los hombres! ¡Oh Cristo, que has venido a salvar a los hombres! ¡Oh Cristo, que has venido a salvar a los hombres!

MAGDALENA

¡Oh Cristo, hijo del hombre, que has venido a salvar a los hombres! ¡Oh Cristo, que has venido a salvar a los hombres! ¡Oh Cristo, que has venido a salvar a los hombres!



M
7

M.C.D. 2018



ferencia, dudé entre hablaros del teatro, ó de la música, que es una de las aficiones predominantes en mí; pero, escogí la novela porque, al fin y al cabo, mi oficio es el de fabricante de novelas. Creí que, cuando se ha de dirigir uno á un público con los deseos de corresponder á su simpatía y á sus afectos, lo más natural es tratar de aquellas materias que mejor domina, por ser las de su profesión, lo que pudiéramos llamar su carrera literaria.

Además, señores, he pensado hablar de la novela porque ella es, de entre todos los géneros literarios, el más moderno, el que pudiéramos llamar más progresivo, el último que viene influyendo, con una gran influencia social, en la vida moderna.

En la historia de las letras de todos los pueblos, el último género que florece es la novela, como concreción, como cristalización de todos los otros géneros literarios.

Lo primero que aparece es la poesía lírica en sus variadas manifestaciones de poesía heroica, de poesía amorosa, de poesía bucólica. Después surge el teatro y lo último que viene á manifestarse en una forma gloriosa y concreta, como antes os decía, es el género novelesco, última palabra de la expresión literaria de un pueblo. Y esto se explica, porque la novela es como la síntesis, el conjunto

de todos los otros géneros literarios. La novela es á la vez drama, tragedia, poema heroico; es muchas veces porque por medio de escenas o asomas la risa á los labios del lector.

No obstante, aunque la novela como concreción del progreso literario de un pueblo, no significa esto que sea la manifestación del pensamiento de un pueblo. Tal vez de todos los géneros, el primero que apunta, el que se esboza en la historia de todos los pueblos es la novela, siquiera aparezca en forma primitiva, como un simple diseño que sería siglos y siglos después. Aparece, obedeciendo á una necesidad que sentimos todos los hombres, en todos los pueblos.

Yo tengo, señores, para mí, que las manifestaciones del género humano desde la pobre humanidad, en siglos que pertenecen á la prehistoria, cuando lanzan los primeros vagidos de su existencia, ese primer pensamiento fué la novela.

Yo me imagino al hombre en sus comienzos de la prehistoria, apenas redimiéndose de la animalidad ancestral; cuando empieza á darse cuenta de lo que le rodea

X-rite ColorChecker® Color Rendition Chart

